
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON



El Peregrino.

Drama trágico original en cuatro actos y en verso, por D. Cipriano Lopez Salgado, *representado por primera vez en el teatro de Variedades, el 7 de abril de* 1847.

A D. Pedro Calvo Asensio *y* D. Juan de la Rosa Gonzalez, *su verdadero amigo—El Autor.*

PERSONAJES.	ACTORES.
Don Rodrigo.	*Sr. Alba.*
El rey Vitiza.	*Sr. Areu.*
Pelayo.	*Sr. Rojas.*
Teodofredo, *ciego, duque de Córdova bajo el nombre de Alfonso.*	*Sr. Serrano.*
Ervigio, *bajo el de Ascanio.*	*Sr. Garcia.*
El conde don Julian. .	*Sr. Jalvo.*
Doña Luz.	*Señora Martinez.*
Luz *su hija.*	*Señora Rizo.*
Terésa.	*Señora Royo.*
Hilderico.	*Sr. Guzman.*
Estefano.	*Sr. Benitez.*
Liuva.	*Sr. Ecija.*
El marques de Elvira, *conjurado.*	
El conde de Baza, *id.* .	
El conde de Coimbra. *id.* . . . . ,	
El duque de Tarragona, *id.*	
4.°, 5.°, 6.°, 7.°, *y* 8.°, *que no hablan.*	
Tulio, *verdugo.*	
Soldados, aldeanos.	

La escena en el año de 711. La accion dura treinta y seis horas. El primero, segundo y tercer acto pasan en una cabaña á una legua de Toledo, el cuarto en un salon del Alcázar de Toledo.

ACTO PRIMERO.

Sala pobre: puerta en el foro, y á la izquierda de ella una ventana. En los bastidores de la izquierda dos puertas; la que estará en segundo término es del cuarto de Luz. En la derecha y en primer término una puerta del cuarto de Teodofredo. Taburetes y una mesa con un reló de arena. Detrás de la ventana y puerta del foro ha de haber monte. Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

Liuva, *á poco* Teodofredo.

Liu. Ya anochece y todavia
el amo cerrado está
en su cuarto: hace unos dias
que apenas se le oye hablar;
está tan triste! Sin duda
será alguna enfermedad
la que asi le tiene: piensa
que si llega á declarar
á su hija que está enfermo,
la acometa algun pesar,
y... ya parece que sale.
Teo. Liuva?
Liu. (Qué acabado está.)
Qué mandais, señor?
Teo. Que veas
si es de noche.
Liu. (*en la ventana.*) Ya se van
los montes oscureciendo.
Teo. Ay! quién esa oscuridad

pudiera ver!

Lui. Si, muy pronto
ni aun los cerros se verán,
que la noche viene oscura.

Teo. Siempre para mi lo está.

Liu. Ya he recogido el ganado,
y si vos no teneis mas
que mandarme, me retiro,
que es hora de descansar,
y hoy he trabajado mucho.

Teo. Y los campos como estan?

Liu. Es una delicia el verlos.

Teo. (Quién sus trigos cogerá!)

Liu. Mas calla, por el collado,
si yo no distingo mal,
bajan dos hombres, y aqui
se dirigen; ¿quién serán?
Toma, ya están á la puerta. (*llaman.*)
Pues no han tardado en llamar:
¿Qué se ofrece?

Vit. (*fuera.*) Que abra, hermano.

ESCENA II.

Los mismos, Vitiza, el conde don Julian.

Vit. Buenas noches.

Teo. Su bondad
os den en ellas los cielos.

Vit. Decidnos, ¿está quizá
muy lejos Toledo?

Teo. No,
una legua cuando mas.

Vit. (*bajo.*) Cubrios, conde.

Con. Señor...
Pero...

Vit. No hay necesidad
de que sepan quiénes somos.

Teo. ¿Os perdisteis?

Vit. Si; al picar
una liebre en la carrera,
dejamos á los demas
tan lejos, que fué imposible
el volverlos á encontrar,
y al cabo de dar mil vueltas
llegamos aqui.

Teo. Asentad.

Vit. No: quisiéramos un guia
hasta poder divisar,
al menos, alguna torre
de Toledo; nada mas.

Teo. Liuva, enséñalos la senda
que lleva hasta la ciudad.

(En el momento en que Vitiza, el conde y Liuva se disponen á salir, aparece por la puerta de la izquierda Luz con una lámpara encendida. Al ver á los forasteros se detiene. Vitiza la vé y se detiene tambien.)

ESCENA III.

Vitiza, Luz, Teodofredo, el Conde, Liuva.

Luz. Buenas noches. ¡Ah! (*deteniéndose.*)

Vit. Muy buenas
os las dé el cielo. ¿Os paráis?
Llegad, divina serrana.

Luz. No; pudiera incomodar
y me retiro, señores.
(*se dirige á la mesa, deja sobre ella la lámpara.*)

Vit. Hermosa niña, llegad:
la belleza nunca estorba.

(Luz se llega á Teodofredo y le besa la mano; el lo hace en la frente á Luz. Esta sale por la puerta que entró, hasta donde la sigue Vitiza, deteniéndose en el lindel, hasta que se supone que la pierde de vista.)

Teo. Dejadla, señor, que vá
á cumplir con los deberes
de buena cristiana. (*vase.*)
(*se oye la campana que toca á oraciones.*)
Dan
las oraciones y es hora
de rogar á Dios.

(Todos se descubren; pero Vitiza y el conde lo hacen sin quitarse el embozo. Momento de silencio en el que se supone que rezan; menos Vitiza que está mirando por la puerta que salió Luz.)

Vit. Guardais
entre peñascos y cerros
tan seductora beldad?

Teo. Aqui está lejos del mundo
siempre traidor.

Vit. ¡Oh! quizá
habeis sido vos en él
desgraciado?

Teo. Por demas.

Vit. Y quereis solo por eso
tan fresca rosa agostar,
sin que ostente sus primores
en la bella capital
del reino de la hermosura,
dó acaso no tiene igual?
Injusto sois. Yo os prometo,
si á Toledo la llevais,
reparar cuantos ultrages
os hayan hecho.

Teo. Jamás.
Está bien en estos montes.

Vit. Duro sois. Pues qué, ¿tan mal
lo ha hecho el mundo con vos?

Teo. No es del caso relatar
mis desventuras ahora,
que á vos no os importarán;
y os agradezco el favor,
mas para otro le guardad,
que no falta en vuestro mundo
quien tome lo que le dan.

Vit. (*bajo al conde.*) Por san Pedro que es divina
En mi palacio ha de entrar:
ó me la llevan por bien
ó yo la llevo por mal,
aunque los cielos se opongan.

Con. Y vuestra alteza querrá
comprometer su persona?
Fuera espuesto por demás:
estamos solos.

Vit. Lo sé.
Pero mañana será
otra cosa.

Liu. (*ap.*) No me gustan
estos hombres. Tanto hablar
en secreto.

Vit. Conque en fin
os negais á mi bondad?

Teo. Os lo agradezco en el alma.

Vit. Pues en ella siento ya
que no admitais por capricho
lo que os brinda mi piedad.
Tal vez os pese algun dia.

Teo. Nunca me llegó á pesar

lo que por mi gusto hice.
VIT. Terco sois en vuestro mal.
El cielo os guarde.
TEO. Y á vos.
VIT. Vamos, señores... Guiad. (*á Liuva, vanse.*)

ESCENA IV.

TEODOFREDO *solo.*

La flor que en su tallo crece
se agosta tarde ó temprano;
mas si la corta una mano
mas pronto la flor perece.
Mucho en el mundo sufrí,
y quiere al fin de mi vida
llevarse mi flor querida...
Bien está esa flor aquí.
(*vase por la puerta izquierda arriba. Salen Luz y Teresa, que sale primero y vé entrar en su cuarto á Teodofredo.*)

ESCENA V.

LUZ, TERESA.

TER. Ya marcharon.
LUZ. Y mi padre
dónde está?
TER. En su cuarto entró.
LUZ. Por qué el cielo me robó
las caricias de una madre?
Vos me huis, padre del alma.
Si tierna os busco, no os hallo,
y mis penas sufro y callo
perdida la dulce calma
TER. Tanto dolor ¡ah! quizás
acaba vuestra hermosura.
LUZ. Si ya acabó mi ventura,
¿qué me importa lo demás?
(*Teresa va á cerrar la ventana.*)
No cierres: quiero un momento
ese ambiente respirar;
por ver si puedo calmar
estos pesares sin cuento. (*en la ventana.*)
¡Válgame Dios! Cómo abanza
encapotada la noche,
tras el nacarado coche
del sol que giró en bonanza.
Asi nubla el alma mia
el manto de mis dolores,
trás los risueños albores
de mi infantil alegria.
¿Quién me habia de decir
que tras mis años de gloria,
acosára la memoria
mi futuro porvenir:
vacio le alcanzo á ver
como un arenal desierto
cuando le creí cubierto
de las delicias de ayer.
Pero, ¡ay! ese ayer pasó,
y ya estoy viendo mañana,
y en él, mi esperanza es vana,
no veo placeres, no.
Se acabaron para mi
los encantos, la ventura;
y ojalá mi sepultura
pudiera encontrarla aqui.
TER. Y tal pudisteis pensar?
¡Es posible!
LUZ. Si, Teresa,
que mucho en el alma pesa
de mi padre el cavilar.
Hace dias que le miro
triste, pensativo.
TER. Dais
en tal tema, y delirais.
LUZ. No, Teresa, no deliro:
sus caricias para mi
hace dias que murieron,
y algunas veces le vieron
mis ojos llorar aqui.
Y algunas tambien cruel
mis cariños esquivó,
y mi corazon vertió
del dolor la amarga hiel.
¿Quién le roba á mi pasion?
¿Què otras cosas le interesan?
¡Dudas tristes que no cesan
de prensarme el corazon!
Hace dias que aqui vienen
muchos hombres á su encuentro;
nos cierra á nosotras dentro,
y largas sesiones tienen.
Muchas veces vá á rezar...
TER. Al monasterio, señora.
LUZ. Pero el ir á cierta hora
me ha dado en qué recelar.
TER. ¿Y de qué? Vaya, callad,
que sois caprichosa á fé.
LUZ. Si lo soy, yo no lo sé;
mas temo, y esto es verdad.
Andan no sé qué rumores
que traen la gente inquieta,
y esto á creer me sujeta
que son ciertos mis temores.
TER. ¿Y un ciego qué puede hacer?
¡Y de años cargado ya!
LUZ. Hay muchas cosas quizá
que hacer se pueden sin ver.
¡Ay! largas horas se está
allá en su cuarto encerrado.
TER. ¡Toma! y eso os dá cuidado?
LUZ. Si por cierto.
TER. Dormirá.
LUZ. En estos contornos tiene
mucho poder, y... mas calla
que del jardin por la balla
parece que gente viene!
¡Dios mio! dos hombres ¡oh!.. (*en la ventana.*)
y se dirigen aqui.
TER. Vienen á esta casa?
LUZ. Si!
TER. Les abro la puerta?
LUZ. No!

ESCENA VI.

LUZ, TERESA, PELAYO Y RODRIGO, *fuera.*

PEL. Ah de casa!
TER. Voy á abrir,
sino nos van á aburrir.
¡Animo!
LUZ. (*con temor.*) Teresa!
TER. Quién?
ROD. (*fuera.*) ¿Dan posada por ventura
á dos tristes peregrinos,

que en encontrados caminos
les cogió la noche oscura?
Ter. Son peregrinos, señora;
y lejos de la ciudad,
si aqui no hallan caridad,
dónde se entran á esta hora?
Digo que se vuelvan?
Luz. No.
Ter. Les abro la puerta?
Luz. Si,
que pues llegaron aqui
ampararlos debo yo.
Dar posada al peregrino
nos manda de Dios la ley,
y tal vez al mismo rey
cupiérale ese destino.
(*Teresa abre la puerta del fondo, y Rodrigo y Pelayo entran de peregrinos.*)
Rod. Dios sea loado!
Luz. Amen.
Pel. Guarde el cielo en su camino
al que ampara al peregrino.
Luz. Y á vos os guarde tambien.
Rod. El lugar en donde estamos,
bella niña, saber puedo?
Luz. A una legua de Toledo.
Rod. Gracias á Dios que llegamos.
Luz. Vais á Toledo?
Rod. Si á fé.
Ter. Si á la aurora caminais,
sin duda señor llegais
al salir el sol.
Rod. Si haré.
Pel. Y entre estos montes oscuros,
y sus crudas asperezas,
¿tan solo aquesas bellezas
se encierran en estos muros?
Luz. Uno á quien la vista el cielo
le quitó en su mocedad,
es en esta soledad
de nuestras penas consuelo.
Voy á decirle, señores,
que esta humilde choza honrais.
Rod. Y cielo donde guardais
vuestros divinos primores.
Luz. Ya viene.
(*Teodofredo sale por la puerta que entró; Luz se dirige á él y le besa la mano. Teodofredo la besa en la frente.*)
Besoos la mano.
Teo. Luz de mis ojos querida!
Rod. (*ap.*) Hermosa perla escondida
lejos del mundo liviano.
(*alto.*) Guarde al viejo el creador
y glorias le dé sin tasa.
Teo. ¡Cielos! qué gente en mi casa?..
Qué voz es esa?
Luz. Señor,
dos peregrinos que errando
la senda de la ciudad,
se han llegado, caridad
á nuestras puertas rogando.
Temí al pronto, mas por Dios
les abrí la puerta al cabo.
(*hace una señal á Luz y Teresa que se van por donde salieron.*)
Ter. Tu cristiana accion alabo;
y guardeos el cielo á vos...
En mi casa no hallareis
vana pompa y esplendor,
pero, en cambio, con amor
grata acogida tendreis.
Rod. Mil gracias, anciano; el cielo
os conserve en su memoria
os dé un lugar en la gloria
y aqui en la tierra consuelo.
Teo. ¡Consuelo!
Rod. Si Dios le quita
los bienes al hombre acá,
se los multiplica allá
su omnipotencia infinita.
Teo. No oso del cielo dudar
que al fin quiso en sus bondades,
porque no viera maldades
mi clara vista nublar.
Mas, decidme, saber puedo
desde qué lugar venis,
y hácia donde os dirigis?
Rod. Desde Santiago á Toledo.
Mas parece que en la corte
contra el rey se osa atentar.
Teo. Si solo vais á rezar
de aqueso nada os importe.
Rod. Es que si eso verdad fuera,
no Toledo nos veria,
y el cielo nos abriria
otro camino cualquiera,
que el que no tiene en el suelo
ni hogar, ni familia, nada,
todo el mundo es su morada,
y su pabellon el cielo.
¿Qué nuevas corren allí?
Sabeis algo?
Teo. Nada sé,
que del mundo me olvidé
cuando á vivir vine aqui.
¿Qué puede á un ciego importar
de este mundo la locura,
si en eterna noche oscura
nunca vé la luz brillar?
Rod. Y no se dice tampoco
nada por estas montañas?
Teo. Las gentes de las cabañas
se cuidan de eso muy poco.
Rod. (*ap.*) Nada por Dios conseguimos:
inutil es preguntar.
Teo. ¿Deseareis descansar?
Rod. Algo cansados venimos.
Teo. Teresa?
Ter. Qué?..
Teo. Habitacion
á los peregrinos dá:
llévalos á la que está
en el fin del callejon.
(*á los peregrinos.*)
Aunque no es mucho el rumor
que en esta cabaña hacemos,
menos os molestaremos
y descansareis mejor.
Disponles cena sin tasa, (*á Teresa.*)
pues vá el Señor en los dos,
y no es bien que salga Dios
descontento de mi casa. (*vase Teresa.*)
Entrad, señores; aqui
no hallareis sala ostentosa,
desahogada y espaciosa,
pero bien dispuesta, si.
El sueño os preste el encanto

que el triste mortal adora.
Rod. Que á vos os coja en buen hora,
y el cielo os guarde entre tanto. (*vanse.*)

ESCENA VII.

Teodofredo *solo.*

Dormid en paz, en tanto que agitado
mi pecho late de esperanza lleno,
y de horribles temores acosado
tiembla mi corazon de dicha ageno,
hasta que de sufrir desesperado,
de la mina rebiente el hondo seno;
que el que conspira, vacilar alcanza
entre dudas, temores y esperanza.
Y en el mundo el cansado peregrino
camina en paz y libre como el viento:
no le para al cruzar en su camino
de hombres malvados el furor sangriento,
y en el paso feliz de su destino
solo de gloria celestial sediento
nada le importa de tiranos reyes
el yugo horrible de nefandas leyes.

ESCENA VIII.

Luz, Teodofredo.

Luz. Padre mio!
Teo. Luz hermosa!
Luz. (Luz!)
(*llora; Teodofredo la toca el rostro y advierte el llanto.*)
Teo. ¿Por qué lloras? Que es eso?
Qué te aflige, prenda mia?
Te ha dado algun sentimiento
Alfonso?
Luz. ¡Ay!
Teo. Si tal hizo
fué, alma mia, sin quererlo.
Cuéntame tus desventuras,
alivia tu tierno pecho,
depositando en el mio
tus inocentes tormentos...
Mas á comprender no alcanzo
qué puede en estos desiertos
atormentar tu memoria;
Luz de mi vida, no acierto...
Luz. ¡Ay señor! qué puede ser?
quién mas que vos en el suelo
es mi dicha, mi esperanza?
Teo. Y dudas de mi.
Luz. Hace tiempo
que me robais las caricias,
que huis de mi, que no os veo
sino momentos que apenas
satisfacen mis deseos.
Estais triste pensativo...
Teo. Quién?.. yo?.. mas... no...
Luz. Y yo pienso
que hay cosas en este mundo
que os roban á mi amor.
Teo. (*ap.*) Cielos!
si habrá comprendido acaso...
Si tal vez en algun sueño
habré dicho...
Luz. Antes oia
de vuestros labios risueños
el dulce nombre de hija...
ya no. En este momento
dos veces me habeis llamado
con mi nombre. «Sentimiento
te ha dado Alfonso,» habeis dicho,
cuando esperaba á lo menos
haber oido: «tu padre.»
Con toda el alma lo siento.
Mas os diria, señor;
pero sondear no debo,
por mas que temores sienta,
el mal de vuestros misterios,
en que navega agitada
la nave de mi respeto.
Teo. No, no creas, vida mia,
que de ti mi amor alejo,
porque otras cosas mundanas
ocupen mi pensamiento.
Hace dias, en verdad,
que dudo, cabilo, pienso
como decirte una cosa
que te intersa en estremo.
Luz. A mi?
Teo. Si, cuando en el mundo,
mar borrascoso sin puerto
vemos á un náufrago triste
pedir socorro, debemos
tenderle un brazo, que al fin
si no le salva, á lo menos
pueda luchar con las olas
de las pasiones sin cuento,
y no ahogarse abandonado
sin amparo y sin consuelo.
Luz. Lo sé, señor; que aunque oculta
del mundo, que ver no quiero,
en estos valles queridos
lucida instruccion os debo.
Teo. Escuchame, ángel hermoso,
y no pierdas ni un acento
de cuanto á decirte voy.
Luz. Hablad, señor.
Teo. (*ap.*) Como tiemblo!
(*alto.*) Mañana hace quince años
que estando yo en mi aposento,
dando treguas á mis males
y rienda suelta á mi sueño,
llegó á dispertarme un hombre
misterioso y encubierto.
De vos tan solo se fia,
vuestra virtud conociendo,
me dijo, quien á buscaros
me manda en este momento.
Una muger de alta clase
gime postrada en su lecho,
porque su limpia virtud
atropelló hombre perverso.
Ha dado á luz una niña,
hermosa como un lucero.
Es hija de sus entrañas,
que al fin la llevó en su seno.
La madre de estos lugares
quiere huir, do sin respeto
ese hombre vil la persigue.
Fuera grande impedimento
llevar consigo una niña
que no ha dos horas que vieron
sus ojos la luz del mundo.
En tan apurado estremo
quiere encargárosla á vos,
pues cree que con esmero

sin duda la cuidareis.»
Entonces en alto puesto
estaba yo, y ser debia
del ancho mar de este reino,
áncora de salvacion,
de lancha tan frágil remo.
Acogí bajo mi amparo
el sagrado que me dieron;
con él unos pergaminos
sellados dentro de un cuero,
que es este; de una medalla
con un limpio sol en medio
la mitad, y orden de que
el tesoro que me dieron,
con tan misterioso afan
entregára al que el estremo
que á la medalla faltaba
me presentára; y espreso
mandato de no abrir nunca
de esta fuerte bolsa el sello.
Me mandaron que á la niña
llamára...

Luz. (*ap.*) Todo lo veo!

Teo. (*id.*) Voy á perder su cariño.

Luz. Acabad! Cómo os digeron
que la llamarais? Decidlo,
decidlo, si. Ese silencio
me asesina... hablad... mas, no,
callad, no debo saberlo.
No es verdad que soy curiosa
en lo que interés no tengo?
La llamariais estrella,
sol, Luz... mas, no, Luz no quiero...
tendria envidia... No sé
por qué causa me estremezco:
quisiera que se llamára
estrella, que nunca dieron
luz las estrellas al mundo...
Sus padres la recogieron
despues, y se alegrarian.
Ay Dios mio, que tormento!

Teo. Quince años esperó en valde.

Luz. Quince años! quince años tengo:
esa es mi edad. Cielo santo!
su nombre pronto!

Teo. (*ap.*) Un esfuerzo
mas sobre mi.

Luz. Acabad pronto.

Teo. Luz de mi vida.

Luz. Ah! yo muero.

(*ambos abrumados de un pesar caen el uno en brazos del otro. Momento de silencio.*)

Luz. Con qué vos no sois mi padre?
Con qué no sé quiénes fueron
los que me dieron el ser?
Conque soy de un arbol seco
tierna hoja desprendida
que vive á merced del viento?
Qué delito cometí
contra mis padres, naciendo,
que siendo de ellos la culpa
á mi la pena me dieron?
Por qué al nacer, inhumanos!
me lanzaron de su seno?
Por que sus tiernas caricias
me negaron? Por qué al menos
sus nombres no he de saber?
Por qué... mas en el estremo
del dolor que me atormenta
á vos y al Señor ofendo.
Perdonadme... y hágase
la alta voluntad del cielo.

Teo. Ah!.. no llores, vida mia.
No fué mi cariño tierno
siempre para ti? No tienes
en mi un padre que severo
jamás con rostro tirano
buscó tu rostro sereno?

Luz. Ah! Si, si. Vos sois mi padre,
cariñoso, afable, tierno
siempre para mi, es verdad.
A quienes la vida debo
para lanzarme de sí
grandes razones tuvieron,
y á mi respetar me toca
de este arcano los misterios.

Teo. Bien, mi vida, á nuestros padres
sumisos abedeciendo,
las voluntades de Dios
fieles acatar debemos.
No por lo que ahora te he dicho
pienses que muy pronto temo
que me sorprenda la muerte;
mas á mis años postreros
toco ya, y pudiera ser
que antes de hallar quiénes fueron
los autores de tu vida,
baje al oscuro aposento
de la mansion eternal.
Que no faltaria, es cierto,
quien por tí se interesára
en estos valles; mas creo
que lo que guarda esta bolsa
á nadie confiar debo.
Por si la suerte fatal
nos se parase, te entrego
esta medalla, pues ella
á probar tu nacimiento
bastará, Luz de mi vida,
segun con razon lo creo.

Luz. Padre mio, no aflijais
mas mi corazon: dejemos
eso, y habladme no mas
que de vuestro amor.

Teo. Te quiero
tanto, si, que temeria...
aun lo mismo que deseo.
Pero ya la noche abanza,
y es hora que en el silencio
al corazon agitado
el dulce reposo hallemos.
Què hora es?

Luz. (*mirando un reló de arena.*)
Las nueve y media;
hora de elevar mis rezos
al Señor de las alturas.

Teo. Si, alma mia, con empeño
ruégale por tu ventura,
y, cuando en el dulce sueño
repose el alma tranquila,
el angel vele tu lecho. (*vase.*)

ESCENA X.

Teodofredo, *solo*,

Las nueve y media; á las diez
la cita: descansar debo
un instante... mas apenas

esta idea sufrir puedo!..
¡Yo conspirador! Dios mio!
¡que ha de ser tal el esceso
de un hombre, que obligue á otros
á hacer lo que nunca hicieron!
Bien sabeis que para mi
nada en este mundo quiero:
pero tengo un hijo, si!
Quince años de destierro
sufriendo, sin mas delito
que ser de monarcas nieto.
¡Quince años que no sé de él!
quince años de tormentos!
Tal vez hundiendo al tirano,
podrá tener el consuelo
de estrechar entre sus brazos
á su padre anciano y ciego...
Mas qué digo?.. ay! Dios! tal vez
en climas estraños, muerto
habrá, sin que mano amiga
le deparára un consuelo...
Pero ¡no! ¡no!.. ideas tristes
dejadme, dejadme os ruego...
Vivirá, si, vivirá...
y un paso no retrocedo
por cuanto este mundo abarca,
que á mi reyno sirvo en ello.
O á Vitiza echo del trono,
ó en la demanda perezco.
En fin la hora se acerca;
valor, y en Dios esperemos. (*vase.*)
(*entra por la puerta derecha.*)

ESCENA X.

Rodrigo, Pelayo.

Rod. No es ilusion, no, Pelayo,
largo tiempo hemos dormido,
y á ti tambien te ha cojido
aletargado desmayo.
Tarde sin duda ha de ser,
que el sueño que yo he gozado,
ni en un momento ha pasado
ni pudiera suceder.
Disfruté en dulces ensueños
de mi padre las caricias,
poder, amores, delicias...
Pel. Sueños, y no mas que sueños.
(*mirando el relo de arena.*)
En dos horas, qué seria?
momentos solo has dormido.
Rod. ¡Y tanto el alma ha vivido!
Pel. ¡Poder de la fantasía!
ardiente y libre la enseñas
á rienda suelta á volar!
no la sabes sujetar!
y con ella te despeñas:
no miras que engañadora
tras el pensamiento está,
y donde quiera que él vá
le vá acechando traidora:
das crédito á cuanto infiel
dibuja en la mente inquieta,
y es de fuego su paleta
y de fuego su pincel;
y si la mente es el viento
qué podrá fijar en ella?
Vano fulgor que destella
cual fuego fátuo un momento.
Engañosa te ha fingido
en ese viejo á tu padre,
y porque á tu gusto cuadre
al momento lo has creido.
Rod. Si, Pelayo, necesito
el alma tranquilizar,
y mis dudas aclarar
con algun mueble ó escrito.
Nada en ese cuarto hallé
que iluminarme pudiera,
nada, en fin que me digera
si ese hombre mi padre fué:
nada veo aqui tampoco
que destruya mi impaciencia.
Pel. Cuenta con una imprudencia,
ten el pensamiento loco.
Rod. Hay, Pelayo, entre ese viejo
y mi padre igualdad tanta,
que su presencia me encanta,
y de mirarle no dejo.
Cuando Vitiza á tu padre
con un baston le mató
al mio cegar mandó,
y osó atropellar tu madre.
Si, ese viejo ha encendido
este recuerdo en mi alma,
que hace tiempo en fiera calma
duerme en el pecho escondido.
En la oscuridad tremenda
á Vitiza he de seguir,
y en ella habrá de morir
sin que ni el cielo lo entienda.
Que aunque la venganza tarde,
por quien soy le espiaré
y ancho puñal le hundiré.
Pel. Venganza ruin y cobarde!
No es mejor en franca guerra
como valientes luchar,
que con un crimen entrar
manchados en nuestra tierra?
Rodrigo, que alumbre el sol
nuestra terrible venganza;
que jamás el nombre alcanza
de asesino á un español:
no lo es quien á su enemigo
le busca en la oscuridad,
no, por Dios.
Rod. ¡Ah! es verdad,
mas no sé lo que me digo.
¡Mi padre!.. ¡cielos!
Pel. Aqui
quisieras haberle hallado...
Rod. Si; que lejos de su lado
bastantes años viví.
Pel. Yo tambien lo deseara
que el que es tu padre, es mi tio,
mas de apariencias no fio;
y si á descubrir llegára
quién somos algun villano,
nuestro plan se destruia,
al rey nos delataria,
y huiriamos en vano;
que de Vitiza los hijos
con muchos del pueblo cuentan,
y ahora en España fermentan
por do quier bandos prolijos.
Rod. Y un ciego qué ha de esperar
con que mande este ó aquel,

si al cabo y al fin á él
la vista no le han de dar?

Pel. Tendrá tal vez la esperanza
de que le mande la ley,
que el mal gobierno de un rey
á todas partes alcanza;
y mas sufre el labrador
de su gobierno el mal porte,
que en la corrompida corte
el opulento señor;
porque al fin el pueblo es quien
siempre el estado mantiene.

Rod. Por cuanto este mundo tiene,
Pelayo, que hablas muy bien.

Pel. Tal vez ese viejo tenga
en estos montes poder,
que en sus tierras pueda ser
que alguna gente mantenga;
y cuanto aqui nos habló
escusas fueron y engaño,
y temo que en nuestro daño
algo sabe que calló.
Cómo es posible que aqui
ignore del rey la saña;
no sepa cuanto en España
saben todos?

Rod. Eso, si.
¡oh! tal vez tengas razon.

Pel. Espia del rey será,
ó en silencio seguirá
de sus hijos la faccion.

Rod. ¡Vive Dios! si tal supiera
el corazon le arrancára,
que jamás le perdonára
si mi mismo padre fuera.

Pel. Prudencia, Rodrigo.

Rod. ¡No!
no hay vencerme, yo lo quiero;
si en la demanda no muero
no ha de haber mas rey que yo.
Si vivo, de hoy juro al cielo,
muerto Vitiza á mi encono,
que otro hombre no suba al trono
donde se sentó mi abuelo.
Juego la vida, lo sé,
vida por vida jugamos,
y si hoy no nos la envidamos
á mañana esperaré:
y un año y un siglo eterno
si es preciso he de esperar,
y á Vitiza destronar
aunque le ampare el infierno.
¡Si!

Pel. Mas, prudencia estremada
es necesario en los dos,
que requiere, vive Dios,
mucho seso esta jornada.
Si es cierto que se conspira
la ocasion aprovechemos,
porque si ahora la perdemos
¡ay de nosotros!

Rod. Respira
contra ese mónstruo tirano
venganza mi corazon;
y una espada no es razon
que dé la muerte á un villano...
(*se oye un silbido dentro.*)
Más, qué escucho?.. una señal
ese silbido es sin duda:
ó el cielo venga en su ayuda
ó el viejo acaba muy mal.
(*se abre la puerta por donde entró Teodofredo.*)
Esa puerta abren... callemos.
Escuchas?.. alguno sale.
Es el ciego: mucho vale
que no nos vea... observemos.

(Sale Teodofredo, como escuchando: Rodrigo y Pelayo se retiran observando á Teodofredo, y siempre en direccion opuesta, de manera que cuando este se halle en la puerta por donde Pelayo y Rodrigo salieron, estos esten cerca de la del cuarto de Teodofredo.)

ESCENA XI.

Pelayo, Rodrigo, Teodofredo.

Teo. ¡Cielos! ó soñé despierto
ó hablar aqui fuera oi...
¿Quién va?.. Nada... por aqui
todo en silencio... No acierto...
Los peregrinos están
durmiendo... mas esta puerta
cerremos, por si despierta
alguno. (*cierra la puerta primera izquierda.*)
La diez seran,
y mucho tarda en venir
Ascanio... (*se oye otro silbido.*)

Rod. ¡Ola!

Teo. Ese es:
gracias á Dios.

Rod. ¡Bien!

Pel. Lo ves?

Rod. No importa, vamos á oir.

(Rodrigo y Pelayo entran en el cuarto de Teodofredo, donde se les verá escuchando durante la escena siguiente. Teodofredo abre la puerta del fondo y aparece Ascanio.)

ESCENA XI.

Teodofredo, Ascanio: Pelayo y Rodrigo *observando.*

Asc. Buenas noches, noble anciano

Teo. Muy buenas os las den tambien á vos.
Qué noticias traeis?

Asc. Sobre el tirano
lanza sus rayos el potente Dios.
Si, por Cristo, que poco á su arrogancia
le queda ya á ese rey altivo y necio,
que con loca y estúpida ignorancia
hace de Dios y de la ley desprecio.

Teo. Qué decis?

Asc. Si; de Roma las noticias
que nuestros emisarios han traido,
son á la santa causa muy propicias.

Teo. Qué? Su apoyo el romano ha prometido?

Asc. Si, y no. Ya sabeis cuan sabiamente
calcula y pesa lo que hacer le toca
en casos tales, y que asi prudente
jamás le pierde la ligera boca.
Dice que está como la Europa entera
asombrado tambien el santo padre,
de que en la España, en religion primera,
no haya un delito que á su rey no cuadre.
Que si hay un bando que de Dios recibe
la inspiracion de al rey lanzar del trono,
cierto el triunfo la Sede le concibe,
y á Dios plegarias alzará en su abono.
Que á Vitiza apoyar nunca lo hiciera;

que si, en fin, nuestro esfuerzo no bastára,
y algunas tropas enviar pudiera,
sin peligro de Roma, las mandára.
Teo. Siempre es bueno un apoyo en las desgracias,
mas de lo que esperé por fin se ha hecho.
Asc. En cuanto á lo de tropas, muchas gracias!
en cuanto á las plegarias, buen provecho.
Teo. Nada el mortal sin el poder del cielo
alcanza en este mundo.
Asc. No lo dudo,
que tambien si me acorre un desconsuelo
tal vez á Dios en mi desgracia acudo.
Pero ahora, mas bien que llanto y ruidos,
la patria necesita hombres de hierro,
que caigan á su vista estremecidos
los infames secuaces de ese perro.
Mañana, pues, cuando la noche oscura
no dege ya de luz destello alguno,
á esta cabaña, de traicion segura,
vendrán los conjurados uno á uno.
Por si entre los que asi esponen la vida
traidores pueden penetrar osados,
bajo pretesto de amistad fingida,
encubiertos vendrán los conjurados.
Y pues que sacudió el leon de España
su sueño horrible de infortunios cierto,
y alerta vela ya en esta montaña,
la seña es: *El Leon?—Está despierto.*
Teo. Aquí?
Asc. Sí.
Teo. Pero ved...
Asc. Amigo, todo
prevenido está ya; la órden es esta,
os toca obedecer de cualquier modo.
Cuanta gente podais que esté dispuesta.
Algun traidor al rey nos ha vendido
y en Toledo juntarnos fuera espuesto.
Este sitio es lejano y escondido
para cualquier maquinacion dispuesto.
No os guia una venganza en esta empresa?
Pues otra á mí; vengémonos ahora.
Si no arrancamos al leon la presa
hasta el guardado corazon devora.
Nada respeta; sacudido el yugo
que ayer le sujetó, con furia estalla
su impúdica ambicion, y es un verdugo
que no halla ya su desenfreno balla.
(*Teodofredo se lleva las manos á los ojos y se cubre el rostro.*)
Os cubris? Vos tal vez aquí escondido
llorareis una hija deshonrada,
que el aliento de ese hombre pervertido
no respeta doncella ni casada.
Vos teneis una hija.
Teo. (*con fuego y como saliendo de un letargo.*)
Sí! mas bella
y mas pura que el Sol: nadie mancharla
á mi lado osará, ni el rey!
Asc. Ay de ella
si una vez, por su mal, llega á mirarla.
Yo tenia una hermana; en mi familia
jamás borron alguno eclipsó el nombre,
y ese malvado que el infierno ausilia
la atropelló cruel. Sí! ese hombre
tambien me persiguió, porque alejado
hube de él á mi hermana; un año vivo
en su mismo palacio disfrazado;
él es mi presa, yo el leon, le sigo.
Cuantas en su palacio ocultas puertas
astuto mandó hacer con gran sigilo,
todas están á mi capricho abiertas,
que hasta la oculta inspiracion vigilo.
Este brazo feliz, golpe certero
ha de asestar al corazon villano,
y ánsio ya ver el afilado acero
de sangre tinto en la vengada mano.
Teo. (*con interes.*) Tendreis resolucion?
Asc. Pregunta rara:
pienso que todo mi valor me acuda;
pero si por desgracia me faltára
al mismo infierno llamaré en mi ayuda.
Teo. Y quién ha de reinar?
Asc. Qué nos importa?
A algun hijo del rey tal vez la suerte
le toque.
Rod. (Vive Dios! si no le corta
antes la vida la escondida muerte.)
Teo. Un hijo de Vitiza! Y qué, en sus venas
no corre sangre vil? ah! no ha aprendido
á oprimir á la España entre cadenas
al lado de su padre aborrecido?
Asc. Asi lo quiere el pueblo, aunque prudente
la nobleza otro rey apeteciera:
mas, no cuenta en su apoyo mucha gente,
y al fin hará lo que su pueblo quiera.
Y al que tan solo una venganza abriga,
qué le importa si al fin venga su agravio?
Ella sola á esta empresa nos obliga,
obre, pues, el puñal y calle el labio.
Mañana sin embargo, en algo de eso
se tratará tambien, que en la nobleza
alguno hay para rey de fama y seso.
Rod. (Yo entregaré al verdugo su cabeza.)
Asc. Oid: una muger noble y hermosa
por ese rey tirano perseguida,
aquí en vuestra cabaña silenciosa
quiero que la guardeis; que esté escondida,
hasta que mas feliz la triste España
sacuda el yugo que cruel la oprime;
que el veneno fatal de su honda saña
hasta en su alcázar el tirano esprime.
Sí, dentro de ese alcázar corrompido
hace cuatro años que encerrada y triste
gemia la infeliz; hoy ha podido
de la prision salir.
Pel. Rodrigo, oiste?
Asc. A mí, cuando en la senda de la vida
errante me encontré, solo, proscripto,
me disteis vos con gran amor cabida
aquí en este lugar de Dios bendito.
Os negareis?
Teo. Jamás.
Asc. Pues bien, ahora
conmigo ha de venir; pensad que es ella
la sola prenda que mi vida adora,
que aquí la trae su fatal estrella.
Teo. Venga en buen hora.
Asc. El cielo te bendiga.
Siembre, anciano, de flores tu camino.
(*vanse por el foro.*)

ESCENA XIII.

Rodrigo y Pelayo, *despues Rodrigo solo.*

Rod. Hay en esto, Pelayo, alguna intriga
que no alcanzo, pardiez, oh! no adivino.

Pelayo, obsérvalos.
(*Pelayo sale por el foro con precaucion.*)
¡Aqui en sigilo
mañana han de venir; tambien vendremos;
yo cogeré de la madeja el hilo,
y una vez en mi mano, nos veremos...
Que si tarde llegué, aun el remedio
en un arrojo se halla; es mi destino
lanzarme sin temor de ellos en medio
y triunfar ó morir; no hay mas camino.
Conspiran con ardor y ansiosos velan!
Oh! yo sabré por quién, y si villanos
de Vitiza los hijos protegieran,
les ahogará el leon con ambas manos.
Si! velad, que al rugir embravecido
el que sin miedo vuestros pasos cela,
sabreis, que, si Vitiza se ha dormido,
vuestro futuro rey... Rodrigo vela!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

Liuva y Teresa.

Liu. Si, Teresa; estos misterios
jamás los ha habido en casa,
y por mas que yo cavilo
no comprendo una palabra.
Ter. Ni yo tampoco, y no hay duda
que cosas estraordinarias
pasan aqui desde anoche.
Liu. Oh! yo lo creo que pasan.
El amo está pensativo,
la hermosa Luz, aunque calla,
se la conoce que sufre
algun pesar en el alma.
Ayer hubo aqui dos hombres
que no me gustaron nada;
hablaban mucho en secreto,
y estudiaron las entradas
del monte cuando el camino
les fuí á enseñar que buscaban.
Yo les hice dar mil vueltas
por las sendas enredadas,
á fin de que no supieran
volver mas á esta cabaña.
Pero creo que por fin
mi intencion quedó frustrada.
Ter. Si? pues eso es lo que menos
me dá en que pensar.
Liu. Eh! vaya,
qué sabes tú lo que de eso
puede resultar?.. Canalla
es esa de las ciudades,
que solo traen desgracias
á las casas de los pobres.
Si; tal vez Luz engañada
por algun gran señoron
tenga la cabeza en babia,
y eso de tanto llorar
seria, Teresa, la causa.
Ter. No, Liuva, la causa es otra,
mas formal y mas sagrada:
son desvios de su padre.
Liu. Cualquiera de ellas es mala...
Dime, y esos peregrinos
que juzgué que esta mañana
se marcharian temprano?
Ter. Y yo tambien; y ni aun trazas
llevan de ello.
Liu. Hum! Dios quiera
que yo me engañe... Esa dama...
Ter. Qué?
Liu. Que esa es la que á mi
mas me dá en que pensar.
Ter. Calla.
Liu. Oh! yo he descubierto mucho!
Ter. Tú? dime, de ella?
Liu. Si: estaba
paseándome hace un rato
debajo de la enramada
que está á la falda del monte,
cuando oí entre la ojarasca
un ruido, y ví al peregrino
mas joven que la abrazaba.
Ter. A quién?
Liu. A quién ha de ser?
A esa señora... Si estaban
muy abrazados los dos.
Ter. Visiones tuyas.
Liu. Pues; gracias.
Cuando digo que lo he visto!
Ter. Y aunque eso fuera, que, no anda
errante por todo el mundo
el peregrino? Una hermana
no puede hallar, ó una madre?
Liu. Tienes razon... pero, calla...
alguien por el jardin viene...
Son ellos... (*en la ventana.*)
Mira, eh? se abrazan?
Si, ó no?
Ter. Es verdad. (Dios mio!
cual se suceden y enlazan
los misterios, desde ayer,
aqui. Señor, que no caigan
tras ellos las desventuras
que en pos de si siempre arrastran.)
Vamos, Liuva, no sospechen
que de aqui les observaban,
y lancen sobre nosotros
una desventura infausta.
Liu. Tienes miedo?
Ter. Sabe Dios
que no estoy muy sosegada.
El cielo sea con nosotros
y nos mantenga en su gracia.
(*vanse puerta izquierda arriba.*)

ESCENA II.

Doña Luz, Pelayo.

Pel. Otra vez, madre y señora,
en vuestro seno amoroso
estrechad tierno y dichoso
al corazon que os adora.
Doña Luz. Vida mia, cuantos años
tu ausencia triste lloré,
y entre amarguras pasé
tormentos y desengaños.
Si, mil veces á mis solas
tu imágen fiel contemplaba,

cuando lejos te juzgaba
de las playas españolas.
Has sufrido mucho?

Pel. Si.
Ni como gozar de calma
estando, madre del alma,
yo en Italia y vos aquí?
Por Vitiza perseguido,
con mi primo, largos dias
entre montañas sombrías
mil valles hemos corrido.
Pero en nuestro desconsuelo
nadie asilo nos negó,
ni en los montes nos faltó
nunca el amparo del cielo.
Supimos que contra el rey
en España se atentaba,
porque á su antojo mandaba
y era su capricho ley;
y como derecho aquí
grande tiene á la corona
Rodrigo, si se destrona
á Vitiza, le seguí
á España con la ambicion
de vengar en el tirano
la muerte que aquí inhumano
á mi padre dió á traicion.

(doña Luz hace un movimiento de recuerdo doloroso.)

Mas, como en estas montañas
os encuentro, madre mia?
Decidme, qué suerte impía
os condujo á estas cabañas?

Doña Luz. Cuando tu padre murió
placer recibió Vitiza,
y esto claro patentiza
que fué él quien le mató:
pero creyendo el villano
que yo tal vez no sabia
su traicion, de esposo un dia
osó ofrecerme la mano.
Resistí, cuanto ostinada
pude, sus persecuciones,
mas de sus viles acciones
no pudo librarme nada.
Una noche atropelló
del regio manto el decoro,
y á fuerza de astucia y oro
en mi estancia penetró:
á su vista sentí en mí
poder sobrenatural,
y de una astucia infernal
gran tiempo me defendí:
pero la fuerza agotada
y el espíritu rendido,
fuí perdiendo mi sentido,
y al fin caí desmayada...
Volví en mí!..

Pel. Basta, señora!
Lanzad, por Dios os lo pido,
en las sombras del olvido
accion tan vil y traidora.
Calladlo por compasion!
ni á vos misma os lo digais;
no! señora; no imprimais
sobre España tal borron.
Mas, proseguid... Como aquí
os trajo vuestro destino?

Doña Luz. Desde entonces mi camino
lleno de abrojos creí.
En una apartada sierra
oculté mi desventura;
dos años viví segura:
Dios bendiga aquella tierra!..
Entonces de mi dolor
eras tú el dulce consuelo,
en tí veia mi cielo,
mis esperanzas, mi amor.
Entre montes encerrada
qué educacion darte allí?
A la corte me volví
de esperanzas engañada.
Sin embargo, en muchos años
el rey de mí se olvidó,
y contra tí dirigió
sin cesar sus fieros daños...

Pel. Y huí de España creyendo
dejaros á vos segura;
pero negra desventura
nos iba á los dos siguiendo.

Doña Luz. Así que el rey alcanzó
á saber tu pronta huida,
con rigor mi triste vida
en su palacio encerró.
Cuantos años con paciencia
mil tormentos he sufrido,
que al fin el vil ha querido
librarme de su presencia.
Mi hermano, á quien persiguió,
tambien volvió muy cambiado,
dos años ha, y de soldado
en su guardia se alistó.
Parece que al rey un dia
le gustó su continente,
y ahora es el confidente
en el que mucho confia.
Por fin, estudiando ayer
el palacio, me encontró,
de la prision me sacó
y vino á traerme aquí.

Pel. Y sabeis en dónde estamos?
Entre traidores sin duda.
Sí; ó el cielo nos ayuda,
ó aquí la vida acabamos.

Doña Luz. No, Pelayo, es imposible.
Traidor mi hermano? Eso no,
quien la vida me salvó
venderme?.. Eso no es creible.

Pel. Señora, yo lo escuché;
de los hijos del tirano
protege el bando inhumano.

Doña Luz. Y aunque le proteja, qué?

Pel. Tal idea no os espanta?
Eso seria quitar
los hierros del pié y llevar
el cuchillo á la garganta.
Y, ademas, no pertenece
á vuestro sobrino el trono?

Doña Luz. Y como obrar en su abono
si en España no parece?

Pel. Está en ella, madre mia.

Doña Luz. Rodrigo en España?

Pel. Si.
Juntos desde Italia aquí
llegamos un mismo dia.
Antes que yo, sabeis fué
por Vitiza despatriado
quince años há, lo he buscado,

y en Italia lo encontré.
Doña Luz. Y por qué no se presenta
á los que aun amigos son,
se vale de la ocasion,
y en su favor les alienta?
Pel. Es tarde ya; y esa grey
hoy aqui se ha de juntar,
donde piensan proclamar
al hijo mayor del rey.
Tambien, como vos, señora,
deber esperar crei,
mas, prudente conocí
que para eso ya no es hora.
Tarde llegamos, cierto es,
un medio queda no mas,
ó en él triunfamos quizás,
ó en él morimos los tres.
En nuestro errante camino
nos quiso el cielo juntar:
dejemos al cielo obrar
y que se cumpla el destino.
Tan solo á nosotros toca
no abandonar la ocasion,
obre fuerte el corazon,
y calle muda la boca...
Pero... escuchad... madre mia,
siento ruido... Entrad ahí,
que fuera malo si aqui
alguno nos descubria.
Animo; esperanza en Dios.
Si algun ruido aqui escuchais,
de ese cuarto no salgais,
que yo velaré por vos.
Ni un suspiro, ni una queja
solteis, que fuera imprudente:
rogad á Dios solamente
que nuestra causa proteja.
(*se atrazan como manifestando el dolor de separarse: Pelayo besa la mano á doña Luz, que entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA III.

Pelayo *á poco* Rodrigo *por la puerta de la derecha de abajo.*

Pel. (*como escuchando.*) No... sin duda me engañé
nada se oye por aqui...
mas ruido siento hácia allí...
Rodrigo sin duda fué.
(*Rodrigo sale por la primera puerta de la izquierda con el rostro desencajado.*)
Pel. Cielos! Rodrigo, que pesar horrible
en tu semblante descompuesto miro?
Rod. Qué!.. Pelayo, eres tú?... será posible?..
Libre el alma de pena al fin respiro!
Pel. Mas, no podré saber...
Rod. Estamos solos?
Pel. Asi lo creo al menos.
Rod. Pues, escucha...
Del ancho mundo hasta los frios polos
he visto enternecerse; en honda lucha
los senos de la tierra sacudirse.
Rugiendo el huracan, el mar hinchado
de roja sangre por do quier teñirse,
y á los cielos lanzar su rayo airado.
Pel. Sueños fueron no mas; débil la mente
abortó la agitada fantasia
ensueños de dolor.
Rod. ¡No!.. solamente
delirio fué, Pelayo: no dormia.
De tanto cavilar rendida el alma
busqué el reposo en el mullido lecho;
pero halló en vez de deliciosa calma
fiero estertor el agitado pecho.
Cien veces y otras ciento luché en vano
por contener lo fantasia loca,
quise llamar; pero el rigor insano
prensó mi corazon, selló mi boca.
Ante mi vista atónita y turbada
la España en lontananza abrió sus flores
de verde alfombra por do quier velada
bajo la esfera azul de los amores.
La sed ardiente de un amor divino
sentí abrasar al corazon cansado,
y al dar el primer paso en su camino
todo á mi vista apareció cambiado.
Cubrió el cielo una nube ennegrecida
que roja llama se tornára luego,
sobre la España atónita, estendida
cual manto abrasador de horrible fuego.
Las flores delicadas se agostaron,
los árboles sus hojas desprendieron,
los cielos con espanto retronaron,
los altos montes por do quier se abrieron,
y mil bocas y mil, cual seno ardiente
que de horrible bolcan la hirviente lava
arroja altivo con furor potente
haciendo de su ardor la esfera esclava,
torrente mil de sangre enrogecida
sobre la ardiente arena bomitaron,
y en sangre de su seno desprendida
rojas olas la España sepultaron.
Quise otra vez el loco pensamiento
con valor sujetar, y sobre un trono
sentado me encontré; torné un momento
la vista en derredor... ¡nada en mi abono!
En vez de un pueblo fuerte y poderoso
que obediente mis leyes respetaba,
sangre no mas hallé, mar borrascoso
que mi trono en sus olas agitaba.
Quise arrojar el peso que sentia
del cetro y la corona, pero en vano;
mas terrible mis sienes oprimia,
mas se agarraba á mi cansada mano.
Fiero ruido escuché; torné á la espalda
la vista con temor, seca la tierra;
vi de un monte bajar por la ancha falda
con horrible clamor gente de guerra.
Volví á los cielos mis turbados ojos;
de cien nubes de nacar rodeada
tu imagen vi mirarme con enojos,
fija en la mano la sangrienta espada,
Mira!.. no mas, me dijo, desdichado
de Dios provoques la terrible saña,
porque ya de tu error, desventurado,
es mi destino libertar á España.»
Del mar de sangre las hinchadas olas
con espantoso retronar bramaron,
y lejos de las playas españolas
mi insepulto cadaver arrastraron.
Pel. Quiera el cielo, Rodrigo, que no sea
el anuncio fatal de tu destino.
Que en su alcázar Toledo no nos vea,
sigamos otra vez nuestro camino.
Rod. ¡No! pudiste creer que me acobarde
aunque fuera el anuncio de mi muerte?
¡Jamás! suba yo al trono, aunque sea tarde,

y lucharé, Pelayo, con la suerte:
Arriesgo en hora buena mi persona,
mas lucharé con mi fatal destino,
llevando hasta ceñirme la corona
el túnico y bordon del peregrino.
Ellos fueron mi amparo en el desierto,
ellos serán mi égida en esta empresa;
con este manto celestial cubierto
al trono subiré. No me interesa
la pompa vana que do quier brillante
Vitiza altivo en su palacio encierra,
que son, si bien se miran un instante,
humo las potestades de la tierra.
El bien tan solo de mi patria quiero;
á la venganza de mi padre aspiro.
Si en esta empresa por desgracia muero
al cielo subiré que en sueños miro.

Pel. Quiera el cielo, Rodrigo, en bien de todos
conservarte ese humilde pensamiento,
no te siente en el trono de los godos
de pompa vil y de ambicion sediento.

Rod. Y pudieras temer?..

Pel. Tal desventura
no lance á España su temible rayo.

Rod. ¡Ah! llega Luz; hermosa criatura.
A Dios; déjame solo, buen Pelayo.

(vase Pelayo por la puerta del foro, y Luz sale del mismo cuarto donde entró Doña Luz.)

ESCENA IV.

Luz, Don Rodrigo.

Luz. ¡Ah! sois vos?..

Rod. Angel hermoso,
os envia mi ventura
para calmar la amargura
del corazon angustioso?
Llegaos, Luz de mi alma,
alumbrad mi oscura mente,
que vos podeis solamente
tornarme á la dulce calma.

Luz. Callad, señor; tal capricho
me causa en verdad enojos,
y vuestros vanos antojos
estan de mas, ya os lo he dicho.
(¡Ay! en valde al corazon
quiero engañar ¡desdichada!
cuando ya tengo acendrada
en el alma la pasion.)

Rod. ¿Me aborreceis?

Luz. No, en verdad;
pero no alcanzo á inferir,
pasion que pueda rendir
tan pronto la voluntad.
Por primera vez ayer
me visteis; me habeis jurado
hoy amor, que bien pensado
no debo en verdad creer.
Ademas, señor, ignoro
la fuerza de esa pasion,
y en mi tierno corazon
tan solo á mi padre adoro.

Rod. ¡Por el cielo! no prenseis
con mas tormentos mi vida.
¡Ah! vuestra pasion querida
en vano ocultar quereis.

Luz. ¡Yo!.. qué ¿pensais por ventura
que yo?.. ¡ah! delirio loco:
me teneis, señor, en poco
si disteis fé á tal locura.

Rod. Esta mañana, al volver
del monte, os hallé en el prado,
y tierno y enamorado
os hice mi pasion ver:
¿nada al mirarme sufrir
me dijeron vuestros ojos?

Luz. Y tál creisteis?.. antojos:
nada os quisieron decir.

Rod. Nada decirme quisieron,
me decis? Luego es verdad
que por amor ó piedad
alguna cosa dijeron.
Por qué negais la ventura
que mis ojos alcanzaron?

Luz. ¡Ah! dejadme; os engañaron:
no aumenteis mi desventura.

Rod. Seria de mi pasion
nada mas que un falso sueño,
ó teneis, mi vida, empeño
en rasgarme el corazon?
Largos años el camino
he cruzado de la vida,
sin una ilusion querida,
indiferente al destino.
Si en un desierto arenal
mi vida errante cruzó,
ni el calor me intimidó
ni me acobardó algun mal.
Si cansado entre las flores
de un bosque me adormecia,
ni su blandura sentia
ni sentia sus olores.
Ni el viento que entre la rama
murmuraba sordamente,
ni en la plateada corriente
del pez la dorada escama;
ni el fiel ruiseñor que al mundo
su querido amor cantaba,
nada, hermosa, me arrancaba
de mi letargo profundo.
Mas, al fin de mi camino
os quiso poner el cielo,
en el puerto de mi anhelo
cual faro de mi destino.
Apenas mis tristes ojos
vuestros rayos alcanzaron,
vida en el mundo encontraron,
flores donde antes abrojos:
volvió el alma á respirar,
el deseo á apetecer,
el corazon á querer,
y el pensamiento á volar.
Si escucho el aura sonora
en la enramada sombria,
se me antoja, vida mia,
que es tu voz encantadora:
si agita la brisa leve
el tallo de la flor pura,
mi vida, se me figura
que es tu mano quien la mueve.
En el caliz de la flor,
en los rayos de un lucero,
veo tu rostro hechicero
dulce imagen del amor.
En donde quiera que estoy,
á donde quiera que miro,
por tu hermosura suspiro,

mirando tu imágen voy.
Qué estraño si desde luego
que vi tu celeste calma,
la tengo impresa en el alma
con caractéres de fuego?
Si en mi corazon...

Luz. ¡Callad!
no me hableis de esa manera;
tened, Rodrigo, siquiera
de mis penas caridad?
A qué hacerme conocer
pasion que no conocia?

Rod. Eso es decir, alma mia,
que me amais? ¡oh! que placer!
(cogiéndola una mano con entusiasmo.)

Luz. No, no... dejadme por Dios:
si de improviso hasta aqui
llegára alguno, y asi
nos encontrára á los dos!

Rod. Pues contestad á mi anhelo
solo una vez que me amais:
si esto á mi afan contestais
me abris las puertas del cielo.

Luz. *(como inspirada.)*
Pues bien, cumplase el destino.
Si la devorante llama
que siento aqui, amor se llama...
os amo.

Rod. ¡Poder divino!
Caiga el tirano, Señor,
al soplo de vuestra saña,
y la corona de España
ciña estas sienes de amor.
(cojiendo entre ambas manos la cabeza de Luz.)

Luz. Qué decis? tiene que ver
esa corona con vos?

Rod. Voy corriendo de ella en pos
y alcanzarla puede ser.

Luz. (¡Cielos! que sospechas van
cruzando mi pensamiento?
A dónde, amoroso intento,
tus vueltas rondando están?

Rod. ¿Qué pensais?

Luz. Que si al venir
al mundo un trono os llamó,
estoy muy abajo yo
para tan alto subir.
Olvidad cuanto os digeron *(con nobleza.)*
mis labios inadvertidos,
no deis fé á vuestros oidos,
haced cuenta que os mintieron.

Rod. Y quién dirá, hermosa Luz,
que un trono no te merece,
si en tu pecho resplandece
el trono de la virtud.

Luz. Temor muy justo tuviese
mi padre si lo supiera.

Rod. Ojalá nunca lo fuera!

Luz. Pluguiera á Dios que lo fuese!

Rod. Que lo fuese! pues qué, ese hombre
no es vuestro padre?

Luz. Ah! señor,
no he dicho tal.

Rod. El dolor
os hace traicion... Su nombre
le sabeis vos por ventura?

Luz. Si, señor, mas, qué interes?..

Rod. Decidle!

Luz. Alfonso.

Rod. (No es
engañadora locura!)
Que vínculos le han ligado
con vos?

Luz. (Ah!) ya lo sabeis.

Rod. En vano ocultar quereis
lo que el alma ha delatado.

Luz. Qué?

Rod. No es vuestro padre, no.
A qué engaños pretender,
si mentir no ha de saber
quien á mentir no aprendió?

Luz. Dejadme; esperando está
á su Luz en el jardin:
si no voy, juzgará al fin
que su amor olvidé ya.

Rod. De vuestra hermosura en pos
do quiera me encontrareis.

Luz. Mirad, señor, lo que haceis:
si me amais, quedaos á Dios.
(vase por el foro.)

ESCENA V.

Rodrigo, *solo.*

No es su padre, que harto bien
sus palabras lo han mostrado,
sin respeto tan sagrado
veremos quien vence á quien...
Mas... pensamiento, hasta donde
vas en alas de los celos,
no lleves tus libres vuelos
donde el misterio se esconde...
Tente, pensamiento loco!
que en amor la senectud,
riñó con la juventud
y se acomodan muy poco...
Mas si acaso á su ambicion
tirano la esclavizára
¡por Cristo! que le arrancára
sin piedad el corazon...
En todo se ha de cruzar
ese hombre en mi camino!
Es la sombra del destino
que conmigo ha de acabar?...
Mas... vive Dios! poco falta
para probar la ventura...
Pero qué triste amargura
el fiel corazon me asalta?..
Si tarde llegué, qué espero
de tan ariesgada empresa?..
Temor, de acosarme cesa:
ó aqui triunfo ó aqui muero.
No hay otro medio; ceder
huyendo, mengua seria,
y entre honor y cobardia
no es dudoso el escoger.

ESCENA VI.

Rodrigo, Pelayo.

Rod. Pelayo, do quier que voy
va conmigo el hado insano,
do quier que pongo la mano
solo con espinas doy.
Si quiero una flor gozar,
de su espinosa enramada
saco el alma desgarrada

y no la puedo alcanzar.
Por qué no le plugo al cielo
que de un villano naciera,
menor mi desdicha fuera
y mas grande mi consuelo.

Pel. Amoroso desvario
acosa tu mente?

Rod. Si!
Mas ten compasion de mi.

Luz. (*fuera.*) Socorro!

Teo. (*id.*) Liuva?

Rod. Dios mio!
Qué voces?..

Liu. (*fuera.*) Socorro!!

Rod. (*en la ventana.*) Cielos!
dos caballos por la sierra
tanto van ganando tierra
que apenas tocan el suelo.
Un ginete en el arzon
delantero una muger
lleva... Oh! empiezo á temer...
Mas! me engaña la ilusion?..
no! es Luz. Si, si! Pelayo...
En todo mi negra estrella!
Corramos!..

Pel. Dónde?

Rod. Tras ella!

Pel. (*en la ventana.*) Ligeros van como el rayo.

Rod. Sigamos el rastro, si,
que van dejando en la vega.

Pel. En vano tu valor juega
con la desventura aqui:
en tan desigual partida
es tu destino perder.

Rod. Ir la ventura á coger
y verla desvanecida!..

(*aparece por la puerta del foro Teodofredo angustiado y sostenido por Liuva, al verlo Rodrigo dá un grito de dolor.*)

Ah! no hay duda! Do está Luz?
decidlo!

Teo. Me la han robado!
Socorred á un desgraciado
por el que murió en la cruz...
Seguidlos... por el amor
de vuestros hijos... por... ah!
no puedo mas... id!.. me vá
asesinando el dolor.

Rod. Vamos! (*á Pelayo.*)

Pel. Inutil afan:
alcanzarlos no podemos.

Rod. No importa! al menos sabremos
á dónde con ella van.
(*vanse por el foro.*)

ESCENA VII.

Teodofredo, Liuva.

Teo. Marcharon?

Liu. Si señor.

Teo. Mira,
dime, alcanzan al ladron?
Los ves?

Liu. Vuestro corazon
sufre y la mente delira.

(*Ascanio aparece por la puerta del foro se para contemplando con dolor á Teodofredo.*)

Teo. Es verdad... vana esperanza.
Tienes razon... en el monte
sin sol en el horizonte
quién dos caballos alcanza?
Si viniera Ascanio!

Asc. (*llegándose.*) Qué?
qué me quieres?

Teo. Ay! el cielo
en mi socorro te envia.

(*Ascanio hace una seña á Liuva de que se retire y este lo hace.*)

Sabes la desdicha mia?

Asc. De Dios te venga el consuelo.

Teo. Mi hija!

Asc. Te la han robado;
lo sé. Al cruzar la loma
que al valle escondido asoma
á verlos he alcanzado;
y con grandes precauciones
en la espesura escondido,
conocer bien he podido
á tu Luz y á los ladrones.

Teo. Los conocistes? Quién son?
Dimelo, que aunque mis años
sean al valor estraños,
nunca es viejo el corazon.
Con afan los buscaré,
y si el dolor de un anciano
no les conmueve, en mi mano
polvo sus cuerpos haré.
Si no hay en España ley
aun tengo valor, lo dudas?

Asc. Y en quién tu valor escudas
si quien la roba es el rey?

Teo. Ah! no bastó en fiera calma
quitar la luz á mis ojos,
que sus crueles antojos
me roban la luz del alma!

Asc. Cielos! qué rayo á la mia
alumbra en este momento?)
Serena tu sentimiento.

Teo. ¡Ay! no puedo!

Asc. Si seria...
En tu dolor te has quejado
del rey, y has dado á entender...

Teo. Yo!.. no... (Me llegué á perder.)

Asc. El la vista te ha quitado.

Teo. No he dicho tal... yo...

Asc. (No hay duda,
él es, y Luz el nombre era
que le dige la pusiera.)

Teo. (Serena el alma me acuda.)

Asc. Dime: hace quince años
que un hombre que te buscó
esa niña te entregó?
Habla, no temas engaños.

Teo. A mi... no ..

Asc. De una medalla
te entregaron la mitad,
y una bolsa... por piedad!
respondeme pronto.

Teo. Calla!
calla! pudieran oir.!

Asc. Te llamas...

Teo. Silencio. (Oh!)

Asc. Sabes quién te la entregó?

Teo. ¡Silencio!.. pueden venir?..
Mas, qué intereses te obligan?..

Asc. ¡Que yo la dejé en tu mano!

Teo. ¡Gracias, Dios mio! (*dirigiéndose al cielo.*)

Asc. Sí, anciano,
que los cielos te bendigan.
Teo. ¿Vive su madre?
Asc. Y segura,
amigo; pero debemos
callarla lo que sabemos
por no doblar su amargura.
Teo. Llévame hasta ella.
Asc. No;
fuera su dolor mas fiero:
libremos á Luz primero
de quien traidor la robó.
Teo. Sepa yo quién es al menos.
Asc. Tal vez puedas algun dia.
Respeta, cual yo lo haria,
en ti, secretos agenos.
Tan solo debes ahora
en lo que te diga obrar,
para del trono lanzar
á quien el trono desdora.
Teo. Aqui y ante Dios me obligo
á cuanto de mi se quiera,
aunque por rey se eligiera
á mi mayor enemigo.
¡Venganza!
Asc. ¡Oh! ¡si! ¡venganza!
con imperturbable anhelo,
juro á mi patria y al cielo.
Teo. Dios premie nuestra esperanza.
(se dirige á la puerta izquierda del segundo término, donde se le ve entrar al caer el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

Doña Luz, Teodofredo.

Teo. No penseis en eso ahora.
Doña Luz. Si Alfonso, os agradezco
el favor de haberme dado
en vuestra casa aposento,
y el veros triste me causa
doloroso sentimiento.
Teo. No estoy triste.
Doña Luz. Si: es en vano
lo oculteis.
Teo. Señora, tengo
pesares que en este mundo
á nadie le faltan; pero
no es cosa de gran valía.
Doña Luz. En vuestro semblante veo
la huella de un gran pesar;
y escuché vuestros lamentos
desde mi cuarto.
Teo. Y habeis
dejado el tranquilo lecho
solo por mi; retiraos
á descansar.
Doña Luz. ¡Ah! no puedo,
porque tambien, como vos,
penas en el alma llevo.
Vos, señor, teneis un angel
que alivie vuestro tormento...
y yo... ¡ah! tambien tenia
una hija; pero el cielo
quiso que sus tiernos brazos
nunca enlazáran mi cuello.
Teo. *(con interes doloroso.)*
¡La perdisteis! no es verdad?
Eso debe ser tremendo,
horrible, si ¡no hay dolor
como él!
Doña Luz. En vuestro esceso
me haceis temer. Por desgracia
vuestra hija...
Teo. No: en su lecho
descansa tranquilamente.
(¡Mi hija! mi hija! cielo!)
Doña Luz. Desde que la vi, la adoro,
que es bella como un lucero,
y trae á la mente mia
su dulce nombre recuerdos
que, aunque tristes por demas,
al verla los siento menos.
(se oye ruido fuera como el que produce al cerrarse la verja de un jardin.)
Teo. ¡Ah! quién llega?.. Entrad, señora...
(Serán... si...) pudieran veros
Doña Luz. Si. A dios; quiera el Señor
daros al alma sosiego. *(vase.)*

ESCENA II.

Teodofredo, Rodrigo, y Pelayo *que entra por la puerta primera de la izquierda de donde á poco sale con las capas, sombreros y bordones, dá á Rodrigo la capa y sombrero que se pone y toma el bordon.*

Teo. Quién llega?
Rod. Nosotros.
Teo. ¡Ah!
en vano por esos cerros
habeis corrido tres horas,
que el que llevó mi consuelo,
precauciones tomaria
para ir sobrado ligero.
Rod. Si; en vano, que al llegar
del hondo valle al estremo,
entre otras confundida,
perdimos la pista luego.
Teo. Descansad, y el cielo os pague
tanto favor.
Rod. No podemos
descansar, porque ahora mismo
caminemos á Toledo.
Teo. ¿Tan tarde? Ya es media noche.
Rod. Nada importa, estar debemos
al rayar el alba allí.
Teo. ¡Oh! creedme; estaos quietos.
Lo que ayer me preguntasteis
tal vez pudiera ser cierto,
y...
Rod. Si solo á rezar vamos
qué debe importarnos eso?
Teo. Es verdad; mas sin embargo,
en tan desgraciados tiempos,
ni se obedecen las leyes
ni se respetan los templos.
Rod. Dios velará por nosotros.
Teo. Hágalo cual puede hacerlo.
Rod. Pague tambien en la gloria
el amparo que os debemos.
Teo. A dios.
Rod. El os acompañe,
y os de ventura y sosiego.

ESCENA III.

Teodofredo, *solo.*

Con cuanto afan te guardó
mi cariño, Luz querida,
como una perla escondida
en la concha en que nació.
De qué sirvió tanto afan
quince años respetado,
si ahora lejos de tu lado
mis horas rodando van,
tristes, solitarias, lentas,
en crudo afan esperando,
y todas se van pasando
entre horrorosas tormentas?
Que es horrible el vacilar
entre temor y esperanza;
y de Ascanio la tardanza
mucho me dá en que pensar,

ESCENA IV.

Teodofredo, Ascanio.

Asc. Aqui me tienes.
Teo. ¿Qué has hecho?
Asc. Todos dispuestos están.
Los tuyos nos faltaran?
Teo. No, que es gente de provecho.
Asc. Pues bien, conviene esa gente
aprestar en el momento;
que esté junta en el convento
la mas resuelta y valiente,
para que al punto, acordado
quien al trono ha de subir,
con ella á Toledo ir.
Teo. Ya está todo preparado.
Asc. No hay que perder un instante,
porque ya noticia tiene
el rey, y hacerlo conviene,
que con su guardía, arrogante
en palacio nos espera,
resuelto y encastillado.
Teo. Y vos...
Asc. A mi me ha encargado
la vigilancia por fuera.
Gran odio me causa hacer
muchas veces tal traicion:
mas perder esta ocasion
es á la patria perder.
Los montañeses están?
Teo. Para todo preparados.
Asc. Está bien: los conjurados
en venir no tardarán.

(se oyen en la puerta del foro tres golpes, dejando mayor espacio de tiempo entre el primero y segundo que entre el segundo y tercero: teniendo los que llaman despues el cuidado de hacerlo en la misma forma.)

Mas, calla, si mal no advierto
llamaron.

(*Ascanio abre la puerta y aparecen primero y segundo conjurado.)*

Conj. 1.° España y Dios.
Asc. El os envie á los dos.
¿El Leon?
Conj. 1.° Está despierto.
Asc. Adelante.

ESCENA V.

Los mismos, Conjurado 1.° *y* 2.°; (*los demas van entrando sucesivamente segun lo marcan los versos. Algunos hablan bajo con Ascanio, lo que supone que se dan y reciben la seña. Entrarán hasta diez entre los que se contarán Rodrigo y Pelayo.*)

Conj. 1.° (*á Teodofredo.*) Dios os guarde
contra quien el reyno daña.
Teo. Y en hacer feliz á España
su omnipotencia no tarde.
Conj. 2.° ¿Valor teneis?
Teo. Si por cierto,
que me anima la venganza,
(*llaman, Ascanio abre.*)
y tengo en Dios esperanza.
Asc. El Leon?
Rod. (*con intencion.*) Está despierto.
(*los demas conjurados van entrando, todos con capas largas embozados.*)
Conj. 4.° (*al 3.°*) Conde, paréceme aquel
el noble baron de Elvira,
Conj. 3.° (*al 4.°*) Si mal la vista no mira
el de Baza está con él.

(Estos dos se llegan á los que han nombrado, figuran hablar como dándose á conocer, y unos y otros se dan las manos; pero recatándose de los demas y como hablando de ellos: los otros hacen lo mismo en diferentes grupos: Pelayo y Rodrigo permanecen siempre solos. La escena se hallará alumbrada solamente por una lámpara, que estará colgada en un rincon del teatro: lo demas de la escena aparece algo oscuro.)

Conj. 1.° (*Al 4.°*) Conde de Coimbra, á fé
que mucho con vos se abona.
Conj. 2.° (*Al 3.°*) ¡Oh! Duque de Tarragona,
yo siempre fiel os juzgué.
(*entre tanto Ascanio cierra la puerta y coloca un taburete en medio del escenario y en último término.*)
Asc. Puesto que los mas estamos,
bien podemos empezar.
Conj. 1.° Si alguno tarda en llegar
no es bien que por él perdamos
el tiempo que libre vuela
y tan necesario es.
Asc. Lleguemos á jurar, pues
que nuestro enemigo vela.
(*Ascanio se sienta; los demas hacen lo mismo tomando la forma de un semicírculo, quedando Rodrigo el último del lado izquierdo, y á su derecha Pelayo. Teodofredo se hallará el último del costado derecho y en pié.*)
Asc. Iguales ante la ley
nos reune una opinion,
para que en leal union
demos á la España un rey...
Maldiga Dios al infiel
que jure en falso, y su vida
entre agonias perdida
entregue el alma á Luzbél.
Que en sus ojos luz no vea,
le nieguen agua las fuentes,
á sean llamas ardientes
el aire que le rodea:
que en cuanto aqui resolvamos
no habrá engañadora maña;
y por Dios y por España
(*todos desenvainan las espadas y las cruzan sobre la de Ascanio que la tiende al frente; se levantan Pe-*

layo y Rodrigo, sacan sus dagas, que serán lo mas largo posible.)
en esta cruz.
Todos. ¡Lo juramos!
(envainan las espadas, y se sientan.)
Asc. ¡Bien! Nadie ignora que cansada España
de sufrir el escándalo y desprecio
de un rey, que sin pudor y sin verguenza
no respeta ni leyes ni derechos,
ni religion, ni cuanto mas sagrado
cubre el manto estrellado de los cielos:
que en torrentes de oprobio desbordados
sus crímenes arroja con denuedo,
sobre la frente de sus pueblos santos
cual horrible anatéma del infierno.
Pretende, pues, España valerosa
á ese rey destronar, y sin respeto
legar su nombre á los futuros siglos
cual de un mónstruo maldito por los cielos.
Que Dios en esta empresa nos protege
harto lo dice su poder inmenso,
pues como á impulso mágico impelida
do quier la rebelion brota en el reyno.
El rey de Dios imágen en la tierra,
es lo que al mar el brazo del eterno:
el rey contiene de su pueblo airado
las irritadas olas cuando es bueno,
cuando su pueblo como mar sin dique
quiere asaltar del rey el trono escelso,
agitado en contrarias direcciones
al soplo airado de traidores vientos.
Mas si á la patria sin razon se oprime,
por qué razon obedecer debemos
á un rey tirano, que atropella impio
las leyes sacrosantas de sus pueblos?..
Qué respondeis?
Todos. ¡Que muera!
Asc. Bien; ahora
preciso es elegir uno que recto
libre á la patria de segundos males.
Alguno señalad.
Pel. Ha largo tiempo
que lejos de la patria, perseguido
por el mismo Vitiza, gime un nieto
de reyes, á quien nadie la corona
pudiera disputar.
Asc. Basta; os comprendo:
pero lejos de aqui... para esperarle...
el golpe es muy preciso, y ya no es tiempo...
Pel. Y si estuviera aqui, si pobre, oscuro,
hubiera vuelto de su patria al suelo,
quién al nieto, decid, de Chindasvinto
osára altivo disputarle el cetro?
Teo. Quién por Rodrigo tal empeño toma?
Asc. A un hijo de Vitiza quiere el pueblo,
cuenta con gran poder, y atroz locura
el oponerse fuera.
Conj. 1.° Asi lo creo.
Pel. *(con intencion.)*
El rey sosiega de su pueblo airado
las irritadas olas cuando es bueno:
pudiera serlo de Vitiza un hijo
que en la fuente bebió de los escesos?
Pensadlo bien, y no mayores males
lanceis sobre la patria. Yo protesto
cuanto por él se hiciere, y estoy pronto
á luchar contra él.
Asc. A Sigiberto
propongo, porque el pueblo Toledano
lo quiere.
Pel. Yo á Rodrigo.
Teo. ¡Ah! debemos
con calma meditar, pues se presenta
quien dice que Rodrigo á España ha vuelto.
Asc. Conoceis el poder que altivo ostenta
el pueblo por do quier?
Algunos. ¡Si!
Asc. Estais resueltos
á contrastarlo?
Los mismos. ¡No!
Conj. 1.° Y quien osára
al pueblo resistir? Quién?
Rod. *(con fuego.)* Qué se hicieron
los godos que valientes pelearon
con invicta constancia en otro tiempo?
Que á la sombra feliz de cien pendones,
do quiera sus legiones estendiendo,
las águilas de Roma aqui humillaron
cuando eran el terror del universo?
Descendeis de aquel pueblo? ¡no! ¡mentira,
¡los godos tales hijos no tuvieron!
Si de las frias tumbas á la vida
tornáran á volver sus esqueletos,
con tal mengua y oprobio confundidos
á la honda tumba se volvieran ellos,
maldiciendo la estirpe envilecida
que asi degrada su blason escelso.
Algunos. ¡Traidor!
Rod. ¡No! los traidores sois vosotros,
que traicion y no mas es vuestro miedo,
cuando en defensa de la cara patria
la vida no esponeis; cuando el recuerdo
de un rey tirano en su progenie indigna
no os hace recelar el mismo efecto.
Asc. Y quién sois vos que con audacia tanta
asi nos insultais?
Rod. *(con entereza.)* Queréis saberlo?
Pues bien; miradme! ¡Soy Rodrigo!.. Ahora
votad si os atreveis.
Teo. ¡Divinos cielos!
Conj. 1.° ¡Estamos rodeados de traidores!
¡Es un vil impostor!
Teo. ¡No! deteneos!
(á Rodrigo.)
Mas que pruebas, decid ¿qué justifica
que sois Rodrigo? Hablad. (Agudo siento
en el alma un temor.)
Rod. Qué os interesa?
Teo. Qué me interesa?.. ¡Ah! no sois Rodrigo,
si lo fuerais latiera en vuestro pecho
violento el corazon, sintiera el alma
eléctrico placer; feliz aguero
de gloria celestial.
Rod. ¡Qué! por ventura
seria cierto mi feliz recelo?
Si una señal incontestable, fija
os llegára á mostrar.
Teo. ¡Hacedlo! ¡hacedlo!
Mas pronto, por piedad, pronto.
(Dios mio cuan horrible temor.)
Rod. *(sacando una daga.)* Si en este acero
que de mi padre fué, mirar pudiereis
la señal que se vé.
Teo. Fija conservo
en la mente su forma.
Rod. ¡Vos!
Teo. Si; dádmele.
(tentando la daga.)

¡Ella es! ¡ella es: Soy Teodofredo!
Rod. ¡Padre del corazon!
(arrojándose uno en brazos del otro.)
Teo. ¡Hijo del alma!
Los conjurados. *(á media voz.)* ¡Teodofredo!
Asc. ¡Su padre! ¡ah! era cierto.
Teo. Estréchame otra vez, hijo querido...
(con fuego doloroso.)
No tienes, sol, en tu raudal inmenso
un rayo de tu luz para mis ojos?
Un átomo no mas!.. En vano quiero
(como queriendo rasgar el velo de las sombras que cubren sus ojos.)
mis nubes deshacer.
Rod. ¡Ah! padre mio
no hagais mas espantosos mis recuerdos:
olvidad su memoria en este instante,
y de esta dicha sin igual gocemos...
Llega, Pelayo, llega?
Teo. ¿Qué? Contigo
Pelayo está?
Rod. Si, padre.
Pel. El gran consuelo
no he querido turbar á vuestras almas.
Teo. Dadme los brazos. *(ambos se abrazan.)*
Asc. *(bajo.)* Que os bendiga el cielo.
Rod. Ya lo veis; ¿que otras pruebas en abono
de quien soy deseais? Con loco empeño
á una guerra civil de largos años
intentariais esponer el reyno?
Pretendereis ocaso?..
Asc. No. Rodrigo,
de la patria el honor solo queremos.
La nobleza del reyno en los que miras
irás en sus hazañas conociendo,
que en vano fuera relatar ahora
titulos que ganaron sus abuelos,
cuando te han de probar en las batallas
que otros saben ganar con su denuedo.
Ahora abraza á Ervigio.
Rod. *(le contempla un momento y despues le abraza.)*
¡Oh! cuan mudado:
mal hubiera podido conoceros.
Asc. Y puesto que hoy tus vacilantes pasos
á estos lugares dirigió el eterno,
y que nadie en justicia disputarte
pudiera á la corona tu derecho,
nuestro rey te elegimos, confiados
en tu juicio y valor: dente los cielos
acierto en gobernar, porque podamos
cumplir nuestro sagrado juramento.
(á los demas.)
Ilustres godos, si con leyes justas
Rodrigo gobernára nuestros pueblos,
¿jurais por nuestro rey obedecerle?
Todos. Si! ¡juramos!
Asc. Oid; si algun esceso
de conducta feroz le estraviara
del camino feliz de sus abuelos,
¡la maldicion del cielo le acompañe!
Todos. ¡Asi sea!
Rod. Pues bien, nobles guerreros;
juro tambien obedecer las leyes,
y á la patria regir con santo anhelo.
Asc. Vuestro voto sagrado recibimos
cual vos creemos recibis el nuestro.
(se abre la puerta por donde entró doña Luz, á cuyo ruido vuelve la vista Ascanio: doña Luz aparece en el dintel de la puerta y se detiene.)

ESCENA VI.

Los mismos, doña Luz.

Doña Luz. ¡Oh! qué veo?
Pel. Venid, madre del alma
en buena hora llegais
Asc. (Pluguiera al cielo
que tal fuese.)
Pel. Venid, si, y á mi tio
los brazos dad.
Doña Luz. Qué has dicho?
Asc. Deteneos.
Doña Luz. No; dejadme.
Teo. La esposa de Fabila
era... Dios mio, tu poder, inmenso
nos une al fin tras infinitos males.
Ven á mis brazos, ven. *(se abrazan.)*
Doña Luz. Ah! Teodofredo!
Eres tú? Santo Dios! Y yo he vivido
desde ayer á tu lado, y mudo, yerto
nada me ha dicho el corazon.
Teo. (Dios mio!
y qué la diré yo? Fatal recuerdo!)
Doña Luz. En dónde está mi hija? Quiero verla,
quiero en su frente candorosa un beso
delirante imprimir, tras largos años
de angustia y de dolor... Ah! tu silencio,
la pena que hace poco te oprimia...
Ese angel que ayer contra mi seno
amorosa estreché, no es hija tuya...
Quince años hace hoy que la pusieron
bajo tu amparo. Si! es hija mia...
mia, lo ois?.. En dónde está?.. No puedo
mas tiempo resistir... Oh! yo estoy loca,
loca, si, de placer.
Teo. Por un momento
vuestro afan serenad... Si: no es posible
que ahora la veais.
Doña Luz. Con qué derecho
privar quereis?.. Mas ay! alguna nueva
terrible me ocultais.
Rod. Si; ya no es tiempo
de ocultárosla mas.
Teo. y Asc. Callad!
Rod. Señora,
á donde quiera que ese mónstruo horrendo
de Vitiza al pasar su huella estampe,
cuanto ve lo emponzoña con su aliento.
Sabed que el rey...
Doña Luz. *(con vivo interés.)* El rey?
Rod. Os la ha robado.
Doña Luz. Hija del corazon!
Teo. Ah!
Asc. Qué habeis hecho?
Doña Luz. Vosotros no sabeis quién es el padre
de mi hija, no es verdad?.. quereis saberlo?
Asc. Calla, infeliz!
Pel. Calmaos, madre mia.
Doña Luz. A qué lo he de ocultar? Llegó ya el tiempo
de arrancar de una vez á ese malvado
la máscara que cubre sus secretos.
Sabeis quién es el padre de esa niña
inocente? Sabeis quién sin respeto
como un bandido atropelló mi estancia
profanando traidor mi casto lecho?
Sabedlo!.. es vuestro rey!!

Teo. (*á media vez.*) El rey!
Doña Luz. (*con amarga ironia.*) El amo
á quien fieles servis.
Rod. No! yo os prometo
no descansar, señora, hasta que dege
vengado vuestro honor y el de mi reino.
(*á todos.*)
Ilustres godos, de la patria mia
el apoyo y sosten, por cuanto amamos,
jurais conmigo la familia impia
destronar de Vitiza?
Todos. Lo juramos!
Rod. El cielo acoja tan sagrados votos,
y si hay un vil que la traicion intente,
los santos lazos de patricio rotos,
la maldicion de Dios cubra su frente!

(*Rodrigo señala con arrogancia á los conjurados la puerta del foro como indicándoles la salida; Rodrigo se dirige á ella y los demas le siguen: Pelayo y doña Luz se abrazan; manifestando el dolor de la separacion; despues Pelayo se dirige á la puerta por dónde salen los demas y les sigue: doña Luz cae en brazos de Teodofredo como abrumada por el dolor. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO.

Salon régio en el alcázar de Toledo: puerta á la izquierda en primer término, otra á la derecha en segundo; en el primer término de la derecha un balcon. En el foro una puerta grande de dos hojas que se abren á su tiempo, y al abrirse se verá un salon cubierto de negro; enfrente un altar con un crucifijo alumbrado por dos lámparas colgadas. Encima de la puerta del foro habrá un escudo de acero ú oja de lata.)

ESCENA PRIMERA

Estefano, Hilderico.

Hil. Y qué te parece, Estéfano?
El robar lindas muchachas
es gran oficio, pardiez,
porque algo en ello se gana.
En estos tiempos se vive,
el desórden es mi pauta.
Dicen que está contra el rey
toda la España indignada,
porque consiente que tenga
diez mugeres en su casa
el que tenerlas pudiere:
porque los curas se casan
segun lo ha ordenado el rey.
Válgame Dios, que bobada!
Cuando asi nuestras mugeres
están mas aseguradas,
y los clérigos mas libres
de tentaciones profanas.
Est. Qué alma tienes!
Hil. Si, que tú,
qué podrás echarme en cara
que no te coja, pardiez,
desde el cabello á la planta?
Est. Tienes razon... mas, qué quieres?
Esa joven me traspasa
el corazon, al caer
en tus brazos desmayada
no sé lo que hubiera dado...
Hil. Por qué?
Est. Por qué? Por dejarla
en su casa.
Hil. Ja! ja! ja!
Tienes la cabeza en bábia;
deliras... Vaya, está visto
que para esto eres un mandria.
Tan valiente en el combate,
y tan cobarde en... Oh! vaya,
ten un poco de paciencia,
y no te pesará nada
el haber obrado asi.
Est. Por qué?
Hil. Por qué? Cosa es clara.
Cuando me hagan capitan
y á ti alferez de la guardia,
ó cosa asi, ya verás
cómo te alegras: cachaza,
que estas batallas, amigo,
son las que en el dia campan.
Si; por ser hombre de bien,
con mi nobleza pelada
he quedado andando el tiempo,
pobre sin oro y sin blanca.
Pero, amigo, felizmente
cambié á buen tiempo de marcha,
y tomando rumbo nuevo
me encuentran donde me llaman
á robar una hermosura
ó á dar una puñalada.
Remordimientos á un lado,
Estéfano, y pecho al agua,
que el pícaro es el que medra,
y el hombre de bien *nequaquam*.
Digalo Ascanio si no;
jamás siguió la contraria
del rey; siempre sus caprichos
con entereza alababa,
y en solo un año ha subido
á confidente... Esta estancia
guarda á esa joven y á al rey;
quién duda que de ella salgan
muy pronto dos capitanes?
Est. Muy alto picas.
Hil. Bobada.
Ya sabes que contra Ascanio
tendi bien mis emboscadas,
y no dudo que muy pronto
perderá del rey la gracia.
Est. Y eso crees?.. Tonteria.
Hil. Que poco, Estéfano, alcanzas
lo que son en los palacios
las intrigas manejadas
con acierto y discrecion:
á los mas bajos ensalzan,
y echan á rodar por tierra
al que mas alto se halla.
Y qué dirás cuando sepas
que hasta al conde?..
Est. Dios me valga!
Deliras?
Hil. Pues cómo fuera,
sin que el conde lo dejára,
ó se lo hicieran dejar,
capitan yo de la guardia?
Pero aqui Ascanio se acerca,
parece que triste se halla.

ESCENA II.

Los mismos, Ascanio.

Asc. Señores, vos por aqui
cuando juzgué los primeros
encontrar vuestros aceros
en guardia? Qué haceis asi?
Todo el pueblo alborotado
contra el rey clama indiscreto,
y tan temeroso aprieto
el rey ni aun lo ha sospechado.
Hil. Dejad al pueblo gritar...
desahogos de la grey.
(*Ascanio se dirige á la puerta de la izquierda, Hilderico le impide el paso.*)
Hil. Dónde vais?
Asc. A ver al rey.
Hil. Tened; no podeis entrar.
Asc. Estoy soñando!
Hil. No!
Asc. A mi
negarme la entrada vos!
O delirais, vive Dios,
ó traidores sois aqui.
Hil. El traidor será el que intenta
esta puerta atropellar.
Asc. Y quién la mandó guardar?
Hil. No tengo que daros cuenta.
Asc. Sé lo que encierra, malvados;
que verdugos de la ley,
servis al lado del rey
como ladrones pagados.
Hil. Est. Ascanio!
Hil. Ved que quizás
costaros caro pudiera
el hablar de esa manera!
Asc. (*sacando la espada.*) Villanos!
Hil. Est. (*sacando las espadas.*) Traidor!
(*van á batirse, y se presenta el rey por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

Los mismos, Vitiza.

Vit. Atrás!
Os atreveis en palacio
á desnudar las espadas?
A razones encontradas
no hay en otro sitio espacio?
Ni qué causa puede haber...
Hil. Señor...
Vit. Callad! nada escucho
y en verdad que estraño mucho,
en ti tan vil proceder. (*á Ascanio.*)
Asc. En la plaza gran rumor
escuché, vi gente armada,
temo una fuerte asonada
y os iba á avisar, señor.
Vit. Oh! rumores de la plebe
que presa no encontrará.
Asc. (Pues ella te lo dirá
cuando en tu presa se cebe.)
Vit. (*á Hilderico.*) Guardad las puertas, y ved
que piden esos menguados
que por infames comprados
no ven su abismo, pardiez.
El conde llega... marchad.
Poned centinelas fuera,
y si algo serio se oyera
sin detenerse avisad.
Hil. Lo haremos asi.
Vit. Id con Dios.
Valor y no descuidaros.
Hil. (*bajo á Vitiza.*) No olvideis...
(*Vitiza le hace una seña de inteligencia.*)
Vit. (*á Ascanio.*) Tengo que hablaros;
no os alegeis mucho vos.
Asc. Está bien. (Asi estaré
velando mas cerca de ella.)

ESCENA IV.

Vitiza, el conde don Julian.

Vit. Conde, la brillante estrella
de mi ilusion encontré,
pero ingrata á mi pasion,
mal este amor corresponde.
Aconsejadme vos, conde,
qué hacer en esta ocasion.
Las promesas empleé,
los ruegos, mas todo en vano,
esquiva, ingrata, mi mano,
mi corazon y mi fé.
El rigor emplear quiero,
pero me ablanda su lloro,
si, conde, porque la adoro
con amor firme y sincero.
Si mi amor correspondiera
os juro por cuanto soy,
que ella sola desde hoy
reyna de mi vida fuera.
Con. Señor, cuando el pueblo todo
os quiere guerra mover,
á un amor que nació ayer
os entregais de ese modo?
En la plaza alborotado
grita el pueblo, y tal azar
necesario es confesar
que vos le habeis motivado.
Vit. ¡Conde!
Con. Jamás aprendi
mentidas adulaciones,
muy propias de corazones
que no os faltarán aqui:
siempre la verdad, señor,
en todo os aconsejé,
mas nada en fin alcancé,
y lo veo con dolor.
Sois mi rey, y quiso Dios
con vuestra hermana casarme,
luego debo interesarme
dos veces, señor, por vos.
Vit. Poneis trabas á mi afan
que me canso de sufrir.
(*toca una campanilla y sale un page con el que figura hablar, y el page se retira.*)
Con. Yo no debo consentir
en mi rey ningun desman:
si otra cosa le digera
su bien no le aconsejára,
á mis deberes faltára
y el mal del reyno quisiera...
La villana adulacion
tanto con vos ha podido,
que tan pronto á pervertido

vuestro noble corazon?
Ese pueblo que el martirio
contra vos pide furioso,
en otro tiempo dichoso
os amaba con delirio;
y aun os amára tambien
si menguados palaciegos
no os aconsejarán ciegos
el suyo, no vuestro bien.
Vez que el pueblo á tal accion
jamás sin razon se lanza;
y de Dios en la balanza
mucho pesa la razon.

Vit. ¡Don Julian! harto he sufrido
vuestro insolente descaro,
y tal vez os cueste caro
el no haberle reprimido.
Mas no teneis, vive Dios,
la culpa, sino yo, si,
que teniendo otros aqui
os pido consejo á vos.
Para eso capitan
de mi guardia os he nombrado?

Con. Cuyo cargo he aceptado
tan solo con el afan
de haceros, señor, querido
de vuestro pueblo infeliz
que os desafia á una lid
por don Rodrigo impelido.

Vit. ¡Por Rodrigo! ¡ah! no es verdad:
no.

Con. Los alborotadores
aquestos son los rumores
que estienden por la ciudad.
Escandalizada Roma
de vuestras impias leyes,
os ha acusado á otros reyes,
y parte en la empresa toma:
os lanza su escomunion,
que el clérigo consagrado
á Dios, para estar casado
no se halla en verdad razon:
y el tener muchas mugeres
un hombre aqui es desatino,
es abrir ancho camino
á corrompidos placeres.
Romped, señor, esa ley
de Roma y de Dios maldita,
y ese pueblo que ahora grita
volverá á amar á su rey.
Esa joven que guardais
en palacio, hacedla ir,
véala el pueblo salir,
y mucho por él ganais.
Se dice que de ella en pos
va Rodrigo en su amor preso,
añadiendo, que por eso
se levanta contra vos.

Vit. ¡Ira del cielo! Muy mal,
don Julian, me aconsejais,
si esa joven intentais
que le entregue á mi rival,
Ahora tengo mas empeño
en guardarla, si por Dios,
y veremos de los dos
quién es mas pronto su dueño.
Si Rodrigo la ama, ella
de escudo me servirá,
y si muero, morirá,
que es la venganza muy bella.

Con. ¿Intentareis?..

Vit. Todo, conde.
¡Oh! si, morirá conmigo.
Me alegro sepa Rodrigo
que en mi palacio se esconde.

Con. Mas señor, aun puede ser
que el pueblo...

Vit. No mas consejos:
desde hoy mas, lejos, muy lejos
os quisiera, conde, ver.
¡Me insultan pueblo y nobleza!
¡bien! que minen por triunfar,
ó por Dios no ha de quedar
ni una traidora cabeza.

Con. Desde ahora de mi cargo
(*con sumision y nobleza.*)
me separo.

Vit. Bien está,
que de reemplazaros, ya
hace tiempo que me encargo.

ESCENA V.

Vitiza, el Conde, Ascanio, Hilderico, Estéfano.
(El Page que salió antes llega delante de los nuevos personages se para en la puerta y despues que estan en la escena hace un saludo respetuoso y vase.)

Vit. Mas... á tiempo... Capitan (*á Hilderico.*)
sois de mi guardia; salid,
y las armas prevenid
contra los que voces dan.
Vos, Estéfano, sereis
capitan de ballesteros,
y de traidores arteros
á mi reyno limpiareis.

Hil. y Est. ¡Señor! (*como dando gracias.*)

Vit. Bien; ahora marchad. (*vanse.*)
Vosotros en el palacio,
hasta verlo mas despacio,
como arrestados quedad.

Asc. Señor, y tal pago dias
á quien un año os sirvió?

Con. Pensadlo bien, porque yo
no respondo...

Vit. Me insultais,
conde?

Con. Señor, bien sabeis
que sé respetar el trono;
y os respeto, mas no abono
la conducta que teneis.

Vit. Salid pronto; ó por quien soy
que hago en vos un escarmiento.

Asc. (¡Ah! tu has burlado mi intento,
más cerca á espiarte voy.
(*El conde al retirarse hace un saludo respetuoso al rey. Ascanio le dirige una mirada de furor.*)

ESCENA VI.

Vitiza, *á poco* Tulio.

Vit. ¡Esto á mi!.. Ira de Dios!
Bastante supe aguantar,
que no les mande colgar
de ese balcon á los dos.
¿Tulio? (*aparece Tulio en la puerta de salida.*)

Tul. ¿Señor?

Vit. Ven acá. (*se acerca.*)

Elacha que mudo deja
sin dar al reo una queja,
está dispuesta?

TUL. Lo está.

VIT. Si en mi alcázar penetrára
ese pueblo desmandado,
llegaté aqui de contado
y de esa muger te ampara.
(abriendo la puerta izquierda y señalando á dentro.)
Llevalá do el brazo fuerte
maneja el acha á placer.
Ve que su muerte ha de ser
la venganza de mi muerte.
Y si aqui Rodrigo acierta
á penetrar por mi mal,
á la primera señal
mandas abrir esa puerta.
(señalando la del foro.)
A la segunda, entereza,
y de un golpe, con valor,
la separas sin temor
el cuerpo de la cabeza.

TUL. Esta bien.

VIT. Ahora á tu puesto,
y alerta por vida mia.
(vase Tulio.)

ESCENA VII.

VITIZA *á poco* LUZ.

VIT. Si, será, que mal haria
no tomar venganza en esto.
Y pues se halla en mi poder
no perdamos la esperanza;
si nada mi astucia alcanza
paciencia y cómo ha de ser.
Moriré al menos contento
de haber mi enojo saciado,
y de Rodrigo vengado
hasta en mi último momento...
Mas aquí viene... qué hermosa!
Hechizo me causa verla:
quisiera, en verdad, hacerla
eternamente dichosa.
Pero si el hado cruel
la hace que muera conmigo,
eche la culpa á Rodrigo
porque quien la mata es él.
(sale Luz como distraida y se dirige hácia la puerta de salida; Vitiza la detiene.)

VIT. Dónde vais?

LUZ. Dejadme; acaso
en mi derecho teneis?

VIT. Os suplico que no deis
para salir otro paso.
Inutil fuera.

LUZ. Señor,
dejadme salir de aqui
á gozar, donde viví,
de un padre el dichoso amor.
Dejadme! No veis que mal
con tanta gala y riqueza,
con tan apuesta nobleza
juega mi tosco sayal.
Esas columnas de oro
símbolos de paz y amor,
juegan mal con mi dolor
y las insulta mi lloro.
De esta casa la alegria
que daña á mis tristes ojos,
la oscurecen mis enojos
y mi faz torba y sombria.
Entre el plácido murmullo
que en estos salones crece,
soy tórtola, que entristece
con su dolorido arrullo.

VIT. No: que tu llanto es aqui
el canto del ruiseñor,
y solo tengo el dolor
de que no llores por mi,
por mi amor.

LUZ. Y quién ha dado
ocasion á mi pesar?
Quién se atrevió á lacerar
mi corazon desgraciado?

VIT. Quien te adora con locura
como jamás adoró,
y si tu pena causó
culpa fué de tu hermosura.

LUZ. Ah! dejadme!

VIT. Desde hoy
perlas y encages tendrás...
mira que en palacio estás,
y yo el rey de España soy.

LUZ. Vos el rey y habeis mandado
asi ultrajar la virtud?
Por el que murió en la cruz
dejadme ir.

VIT. *(la toma una mano y se arrodilla.)* Humillado
está á tus plantas, no el rey,
es tu vasallo, tu amante.

LUZ. dejadme ir al instante.

VIT. Pone á tus plantas la ley, *(la coge la mano.)*
te rinde cetro y corona,
estados y poderio,
te rinde el alma, bien mio,
que tu hermosura aprisiona;
alma que prendió en las redes
de los rayos de tus ojos,
y se rinde á tus antojos
porque en palacio te quedes.

LUZ. Mentis! Vos no sois el rey
cuando asi la ley hollais
y sin pudor la ultrajais.

VIT. Me prohibe amar la ley?
No puede un rey adorar
como el último vasallo?
Si hay razon, yo no la hallo
por qué un rey no puede amar.

LUZ. Soltadme ó grito, y vereis
pública tal desverguenza.

VIT. No habrá enojo que me venza,
y es en vano que griteis.

LUZ. Ah! Rodrigo! *(gritando.)*

VIT. *(levantándose y soltándola.)* A quién llamais?

LUZ. A quien si estuviera aqui
no me ultrajarais asi.

VIT. Es el hombre á quien amais?
Os lo repito, es en vano
el que en gritar os canseis;
y ese hombre, no sabeis
que podrá caer en mi mano?
Que si temerario entrára
en mi palacio una vez,
que su cabeza, pardiez,
al verdugo la entregára?
(se oyen rumores fuera.)

Dudaisque con mi poder
donde esté le he de encontrar,
y que vos me habeis de amar
ó morir le habeis de ver...
Escuchas? Ese rumor
que va cada vez mas fuerte,
es la sentencia de muerte
del objeto de tu amor.
Una palabra, un acento
de tu boca puede aqui
cambiar su suerte.

Luz. Ay de mi!
Cuan horrible es mi tormento!

Vit. Ois? el murmullo crece:
si á mi pasion os negais,
vuestro padre abandonais,
y con Rodrigo perece.

Luz. Ah! qué habeis dicho? No entiendo
que tiene que ver, señor,
mi padre en ese rumor...
por el cielo, no comprendo...

Vit. Rodrigo pretende infiel
usurparme la corona,
si vuestro padre le abona
no dudo que esté con él.
Que le abona, claro está,
pues si sabe que le amais,
y que en mi poder estais
la venganza buscará.
Su gente es poca y menguada,
y no osará resistir,
en cuanto vean lucir
del rey la cortante espada...
(con calma.)
Y una vez en mi poder
los que al pueblo han engañado,
y mi cabeza aclamado,
con ellos qué debo hacer?
Decidme!

Luz. Ah! vuestra calma
me aterra: dejadme ir,
quiero con ellos morir.
Si, no atormenteis mi alma.
Decidme: á qué tal empeño
en mostraros mi tirano,
sin poder ser de mi mano
ni de mi corazon dueño?

Vit. Y quièn osará impedir
lo que con delirio quiero?

Luz. Vuestro deber que es primero.
En fin, dejadme salir,
que en vano creeis, señor
que ese fuero me intimida,
que si algo vale mi vida
mucho mas vale mi honor,
y mas quisiera encerrarme
mi padre en la tumba fria,
que de rica orfebreria
adornada contemplarme...
Y la corona que ampara
vuestra sien mucho perdiera
de su brillo, si cualquiera
con mi honor la comparára.

Vit. Y no temes donde estas
mi venganza?

Luz. No, por Dios;
estoy muy lejos de vos
para temeros jamás.
Si vos teneis en el suelo
un trono deslumbrador,
el alcázar del honor
tiene su trono en el cielo...
Mirad si podré temer
vuestro enojo á tanta altura.

Vit. Pensad que vuestra locura
os va sin duda á perder.

Luz. Séalo, si Dios lo quiere.

Vit. Harto supliqué, no mas
compasivo me verás:
pues tú lo has querido, muere.
(crece el rumor y se oyen mueras á Vitiza: este se asoma al balcon.)
Esas voces... Fiero enviste
el pueblo, y las récias puertas
ceden al empuge abiertas
y mi guardia no resiste.
Si de traidores cercado
en mi palacio estaré,
y villanos y sin fé
me habrán al pueblo entregado?
Tulio? *(sale Tulio.)* Lleva esa muger
desgraciada por su mal.
A la segunda señal *(bajo á Tulio.)*
ya sabes lo que has de hacer.

Luz. Piedad!

Tul. Seguidme, señora.

Luz. Piedad por mi padre!

Vit. No;
antes te la ofreci yo
la escusaste; ya no es hora.
(hace una seña á Tulio, que coge á Luz por un brazo y se la lleva.)

ESCENA VIII.

Vitiza, *á poco* el conde don Julian.

Vit. *(tomando una espada.)*
Ira del cielo! En la lucha
veremos quién vence á quién;
si ellos son fuertes, tambien
yo tengo arrogancia y mucha.

Con. *(con la espada en la mano.)*
Huid, señor; ya no os queda
otro partido; marchad,
y en su infinita bondad
el cielo salvaros pueda.

Vit. Y mi guardia?

Con. Os ha vendido.

Vit. Esto mas!

Con. Asi ha pagado
ese capitan menguado
á quien tanto habeis servido.
Ahora conoced, señor,
que quien dice la verdad
sin lisonja y sin disfraz
es un leal, no un traidor...
Mas... llegan! huid! huid!
que á salvar vuestra cabeza
lucharé con entereza
aunque en muy contraria lid.

Vit. Ya no es tiempo: huye tú, amigo:
sereno mi suerte espero.

Voces fuera. Por aqui.
(don Julian vase por la puerta que entró por la que á poco entran los conjurados.)

Vit. Ya llegan; quiero
esperar aqui á Rodrigo.

ESCENA IX.

Vitiza, Rodrigo, conjurados y aldeanos *armados*.

Rod. Al fin te encuentro, maldicion de España!
escándalo y horror de tus vasallos.
Todos. Muera!
Rod. No, deteneos, que seria
mengua atacar á un hombre abandonado,
vendido por los suyos: harta pena
le cabe ya.
Vit. (*con ironia y calma.*) Te engañas, aun aguardo
mi postrera venganza, y aun me queda
un amigo obediente á mis mandatos.
Has olvidado ya que tengo presa
una muger que adoras?
Rod. Desgraciado!
Qué es de ella?
Vit. (*con calma.*) Qué?
Rod. Tu calma me asesina!
Respóndeme, qué es de ella, ó despedazo
tu infame corazon. Habla!
Doña Luz. Dejadme!
quiero verle!
Rod. Esa voz!
(*doña Luz sale desesperada como buscando á Vitiza.*)
Vit. Venis acaso
á insultarme tambien en mi agonia?
Doña Luz. No! vengo despechada á suplicaros
por un angel, señor; dadme á mi hija!
Dadmela por piedad, por cuanto amo.
Es mi hija, lo ois? Dadme la muerte,
pero á ella, señor, dejadla.
Vit. Osados
mi palacio asaltais, y en su recinto
se escuchan vuestras voces implorando
piedad y compasion?.. Bien; aun me queda
un resto de piedad. Salid, menguados,
sin treguas de mi alcázar, y al momento
entregada os será; mas solo un paso
que tendais hácia mi, su muerte afirma.
Ella ó el trono. (*á Rodrigo.*) Elige.
Rod. Hombre malvado,
te conozco muy bien, y en vano quieres
engañarme.
Vit. Pues mira.
(Da con la espada un golpe en el escudo y aparece Tulio teniendo de un brazo á Luz, que está arrodillada al pié del tajo. Dos soldados están á la derecha é izquierda. Rodrigo y los demas se quedan petrificados; vuelto Rodrigo de su estupor, va á lanzarse sobre la puerta, en cuyo momento los dos soldados la cierran repentinamente. Todo esto ha de ser rápido.)
Rod. y Doña Luz. Ah!
Rod. Villano!
Tal infamia en tu pecho caber puede?
Vit. Elige, pues.
Rod. Tu sangre!
Vitiza dá el segundo golpe. En el momento en que Rodrigo vá á lanzarse sobre Vitiza, Doña Luz se interpone y entrega á Vitiza un pergamino, que ha sacado de la bolsa de cuero que en el primer acto tenia Teodofredo.)
Doña Luz. No! este arcano
que largo tiempo se guardó, leedlo;
pero pronto, muy pronto!
Vit. (*despues de leer.*) Cielo santo!
es mi hija! mi hija! si! teneos!
(*se lanza sobre la puerta y forcegea para abrirla.*)
Teneos por piedad!
(*se oye el golpe del acha: todos retroceden espantados.*)
Rod., Doña Luz. *y* Vit. Ah!
Rod. Desdichado!
Vit. No quiero, no, que en mi dolor te goces
ni el pecho rompan tus fatales manos:
no! sobre mi cadáver macilento
vas á empuñar un cetro que mancharon
de sangre tu ambicion y tu perfidia.
Que los cielos maldigan tu reinado!
(Se hiere con el puñal, cayendo precisamente dentro del cuarto de la izquierda para evitar el mal efecto que produciria tendido en la escena hasta el fin del drama.)
Doña Luz. Hija del corazon!
Rod. Ah! la he perdido!
(Se abren las puertas de repente, y aparece Luz desmelenada en brazos de Ascanio y Pelayo. Tulio muerto en el suelo: la puerta del segundo foro estará abierta y por ella se ven entrar aldeanos que no pasarán de la primera puerta del foro.)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, Luz, Pelayo, Ascanio *y mas aldeanos*.

Pel. No, Rodrigo, mi brazo la ha salvado!
Rod. Es verdad! Luz querida!
(*doña Luz se precipita sobre Luz, la reconoce vivamente y observa la medalla que colgará del cuello de Luz.*)
Doña Luz. Hija del alma!
Luz. (*como saliendo de un letargo.*)
Qué labios ese nombre han pronunciado?
Quién es mi madre?
Doña Luz. Yo! yo que en mi seno
vuelvo á estrecharte al fin tras largos años.
Luz. Vos mi madre?... Es verdad... Si, sedlo siempre,
y abrigo encuentre en vuestro fiel regazo.
Rod. Si, Luz, le encontrareis; y yo mi trono
con vos quiero partir.
(Luz que estará echada en brazos de su madre tiende una mano á Rodrigo como dándole á entender que no, y manifestando al mismo tiempo el agradecimiento. Rodrigo la besa la mano. Este grupo se hallará en el último término.)
Pel. (*coge á Rodrigo y lo baja á la escena.*)
No! has olvidado
tan pronto que un delirio allá en tu mente
fiel te representó de sangre un lago,
y tu trono sobre él que en raudas olas
era de opuestos vientos agitado?
Para el trono un cadáver es tu escala;
sangre ya en tu camino vas pisando:
déjala, pues; que en harta desventura
sus padres á este mundo la arrojaron.
Es mi hermana, y no quiero verla un dia
desde el alto dosel bajar rodando,
cual témpano de yelo que se pierde
entre el cieno del valle sepultado.
Rod. Cuan penoso recuerdo al alma mia
has querido traer.
Pel. De nuevos daños
es tu deber el libertar á España.
Rod. No me niegues al menos el amparo
de tu firme valor.
Pel. No! donde quiera
que la España peligre, donde el hado
quiera serla fatal; allí sereno
en su defensa volará á Pelayo.

Pel. Bien, amigo; no quiero que se diga
que mezquinas pasiones alejaron
mi atenta vista de la hermosa España
vcitima de traidores tantos años.
Cumpla pues mi deber; sea mi anhelo
hacer feliz al pueblo que los hados
á gobernar me llaman; arda el pecho,
de la patria en el fuego sacrosanto;
y si algun dia una pasion liviana
á ese pueblo me hiciera ser ingrato,
mi muerte sirva de escarmiento al mundo,
y, lejos de estos climas arrastrado,
la madre patria á mi cadáver frio
tierra le niegue donde hallar descanso.

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1847.

Imprenta de D. Vicente de Lalama,
Calle del Duque de Alba, n. 13.